



C-1000

# COQUETISMO Y PRESUNCION,

COMEDIA ORIGINAL EN VERSO

EN TRES ACTOS.

POR D. FRANCISCO DE FLORES Y ARENAS.



MADRID.—1867.

LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,  
*calle de Carretas, n.º 9.*

«Del árbol que el suelo envenena  
Es provechoso hacer tala,  
Y arrancar la yerba mala  
Es hacer medrar la buena.»

ACTO I, ESCENA V.

*Es propiedad de sus editores los señores Viuda é Hijos de  
D. J. Cuesta; los comisionados de la galería EL TEATRO  
son los encargados de su administracion.  
Queda hecho el depósito que marca la ley.*

# PERSONAS.

---

DOÑA MARIA , madre de  
ADELA.

INÉS , criada de doña María.

FERMIN, fingido nombre de D. Antonio.

LUIS, primo del anterior.

D. JUDAS, tio de los anteriores.

PEDRO, criado de D. Judas.

---

La escena es en Cádiz, en una sala de la casa de  
Doña María.

# PERSONAS.

---

DOÑA MARIA, madre de

ALONSO.

DOÑA MARIA, criada de doña Maria.

FRANCISCO, apellido nombre de D. Antonio.

DOÑA MARIA, primo del anterior.

D. JUAN, tio de los anteriores.

PEDRO, criado de D. Juan.

---

La escena es en Cadix, en una sala de la casa de

Doña Maria.

---

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA PRIMERA.

**FERMIN**, entrando como de la calle se quita el sombrero y lo deja.

**INÉS** de casa.

**FERMIN.** ¿Han venido?

**INÉS.** No señor.

**FERMIN.** ¿Y cómo sigue la tía  
de sus males?

**INÉS.** Cada día,  
señorito, está peor.

**FERMIN.** Pues ya de fastidio pasa  
que por esa bagatela  
ni tu señora ni Adela  
jamás estén en su casa.

**INÉS.** La señorita me dijo  
para usted que aquí la aguarde.

**FERMIN.** Como ella mucho no tarde  
no será....

**INÉS.** ¿De veras?

**FERMIN.** Fijo.

Yo, Inés, jamás me avasallo  
á caprichos de mujer,  
y de aqueste proceder  
muy satisfecho me hallo.

¡Qué mal de otra suerte hiciera!  
 Con juventud, con caudal,  
 y una figura tal cual  
 ¿me ha de faltar quien me quiera?  
 Por fortuna hay tal enjambre  
 de mujeres en el día,  
 que fuera estraña manía  
 el querer rendir por hambre,  
 á quien tanto se promete;  
 así, dile me he marchado,  
 pues no estoy acostumbrado  
 á ser de nadie el juguete.

INÉS. (¡Qué vanidad!) ¿Mas, señor,  
 usted no la ama?

FERMIN. ¿Yo?... Sí...  
 Pero aun mas me quiero á mi.

INÉS. Mal le paga usted su amor.  
 La vida le costaría  
 un desden tan solo.

FERMIN. Ya.

INÉS. Pedro viene.

FERMIN. ¿Qué traerá?

INÉS. Alguna majadería.

## ESCENA II.

DICHOS Y PEDRO.

PEDRO. Señorito.

FERMIN. ¿Qué ha ocurrido  
 de nuevo?

PEDRO. Tengo que hablarle.

INÉS. Pues ya consigo dejarle  
 con Perico, me despido,  
 que han de ser mas de las dos,  
 y tengo mucho que hacer  
 allá dentro.

PEDRO. Adios, mujer.

FERMIN. Inés, hasta luego. Adios.

### ESCENA III.

FERMIN Y PEDRO.

FERMIN. ¿Qué hay en suma?  
 PEDRO. Qué ha de haber?  
 Que don Luis sin avisar,  
 ahora acaba de llegar.  
 FERMIN. ¡Mas cómo!... (Coge el sombrero.)  
 PEDRO. No es menester.  
 Ya sabe está usted aquí,  
 y no puede tardar nada.  
 FERMIN. ¿Y á qué viene esa embajada  
 y aquesse misterio? ¿Dí?  
 PEDRO. ¿Qué sé yo? Lleve el demonio  
 lo que yo entiendo este lío.  
 Mas como el tío no es tío,  
 ni usted es ya don Antonio,  
 ni aun yo mismo sé quien soy;  
 bien pudiera, sin querer,  
 echar el primo á perder  
 lo adelantado hasta hoy.  
 Por eso con tal secreto  
 vine á avisar su venida.  
 FERMIN. Primera vez en mi vida  
 que te he encontrado discreto.  
 En fin, nadie en casa está,  
 y fué vano tu temor.  
 ¿Mas tardará?  
 PEDRO. No señor.  
 Aquí le tiene usted ya.

### ESCENA IV.

DICHOS Y LUIS.

LUIS. Primo.  
 FERMIN. Luis.  
 LUIS. Con cuánto gozo  
 te miro, y con qué impaciencia,

despues de tan larga ausencia  
me tenias... ¡Qué buen mozo!  
¡Qué galan! ¡Y qué elegante!  
Favores tuyos.

FERMIN.

LUIS.

No, á fe...

FERMIN.

Mas á otra cosa. ¿Por qué  
no avisaste al instante  
que decidiste venir?

LUIS.

Fué por la misma razon  
que en seis meses, ni un renglon  
tuyo pude recibir.

Te escribí desde Alcalá,  
en donde asuntos tenia  
de mi casa, y ya creia  
volver pronto por acá;  
cuando un correo, me hallo  
con que mi padre está en cama  
gravemente enfermo, y clama  
por verme; monto á caballo,  
llego á Madrid, y la suerte  
dejó mi anhelo cumplido;  
pues le hallé restablecido  
cuando temia su muerte:  
supe al volver de Castilla  
que de París te marchaste,  
que á Barcelona llegaste,  
y que estabas en Sevilla.

Allí buscarte pensé;  
pero pronto desespero;  
pues nadie tu paradero  
me dice: á Cádiz llegué,  
por dicha supe de tí,  
y como yo he visitado  
esta casa, sin cuidado  
á abrazarte vine aqui.

FERMIN.

Pues la echabas á perder  
de medio á medio.

LUIS.

¡Yo!

FERMIN.

Cierto.

LUIS.

Hombre, me has dejado muerto.

**FERMIN.** Oye, que vas á saber  
la historia de aqueste enredo.  
**LUIS.** Que me ha de agradar confio.  
**FERMIN.** Ve, Pedro, busca á mi tío  
y avísale.  
**PEDRO.** En todo quedo. (Vase.)

## ESCENA V.

**LUIS Y FERMIN.** (Se sientan.)

**LUIS.** ¿Y bien?  
**FERMIN.** Extraño quizá  
puede haberte parecido  
el haberme aquí introducido  
como me ves, y será  
mas grande tu admiracion  
cuando sepas lo que pasa,  
pues ignoran en la casa  
mi nombre y mi condicion.  
Sabes que doña María  
trató con mi parentela  
enlazarme con Adela,  
á quien yo no conocia:  
viéndome solicitado,  
á sus ruegos me abandono,  
que es de gentes de gran tono  
boda por razon de estado.  
La grande fama de bella  
que mi futura tenia,  
despertó en mí la manía  
de verla, sin que ni ella  
ni nadie en Cádiz supiese  
quien era yo, su hermosura  
rendir, y que esta aventura  
un nuevo lauro me diese.  
Llegué en hora peregrina,  
pues apenas dejo el coche  
supe como aquella noche  
iba al Moisés mi heroina;

y para gobierno mio,  
su palco aprendí tambien.

LUIS. Bravísima entrada. ¿Y quién  
tanto te dijo?

FERMIN. Mi tío.

LUIS. Es verdad; sigue adelante.

FERMIN. Ya estaba alzado el telon  
cuando llegué, y la atencion  
llamo de tanta elegante  
que me mira y me importuna.  
Yo, con aire de conquista,  
paso por todas la vista;  
mas sin fijarme en ninguna.  
Me siento, y á los actores  
miro con faz desdeñosa,  
como quien dice: no es cosa,  
yo los he oido mejores:  
vuelvo la espalda á la escena  
fingiendo estar aburrido,  
mientras juego distraido  
con los sellos y cadena.  
Pongo el guante, limpio el lente,  
doy una mano al cabello,  
arreglo corbata y cuello,  
y á mi Adela ya impaciente  
con lánguidos ojos miro;  
se sonrie, y de mi amada  
pago una dulce mirada  
con un amante suspiro.  
Ufana al ver que ha dejado  
á sus rivales burladas,  
con un millon de monadas  
me muestra que soy amado.  
Habla en tanto el anteojo,  
señas hago, amor las guia,  
y ¡qué dicha! ya era mia  
en el paso del mar Rojo.  
LUIS. ¡Jesus, qué admirable paso!  
FERMIN. De mi ventura seguro  
todos los medios apuro

para conseguirla, el caso  
 cuento por menor al tío,  
 le digo cual es mi objeto,  
 exigiéndole el secreto  
 que á su discrecion confio,  
 y por tal conducto, en fin,  
 consigo hacerle visita  
 y enamorar á Adelita  
 bajo el nombre de Fermin.  
 Con que al cabo, en ese abismo  
 caiste ya.

Luis.

FERMIN.

No señor,  
 que amar y hacer el amor  
 no quieren decir lo mismo.  
 Sabes que toda mi vida  
 pensé, como pienso ahora,  
 que el que á una mujer adora  
 de lo que vale se olvida.  
 Ni aprecio, ni apreciar quiero  
 á ese sexo fementido,  
 con el fuerte, envilecido,  
 con el débil, altanero:  
 aman á quien las desprecia;  
 desprecian al mas amante,  
 la que algo sabe, es pedante,  
 y es insufrible la necia:  
 nadie jamás las escede  
 en perversidad y engaño,  
 pues la que no te hace daño  
 es porque hacerlo no puede.  
 Te juran amor sin fin,  
 y esto lo prometen todas,  
 mas dura como las modas  
 hasta el nuevo figurin;  
 pues en el instante mismo  
 que hallan quien las haga un gesto  
 coges el fruto bien presto  
 de su innato coquetismo.  
 Dí si con tal opinion  
 será fácil que las quiera.

Luis.

Es cierto; mas bueno fuera  
 hacer una distincion:  
 Nadie como yo en el mundo  
 odia á la inmoral coqueta,  
 mas nadie tanto respeta  
 á un sexo amable en quien fundo  
 mi felicidad futura,  
 así desplego mi saña  
 contra la que el brillo empaña  
 del pudor y la hermosura.  
 De árbol que el suelo envenena  
 es provechoso hacer tala,  
 y arrancar la yerba mala  
 es hacer medrar la buena.  
 No á todas tu errado celo  
 las juzgue por un igual,  
 que quien de ellas habla mal  
 es como el que escupe al cielo.  
 Así te juzgo engañado  
 en lo que de amor infieres;  
 que hay mujeres de mujeres.  
 Cosas del siglo pasado.

FERMIN.

Luis.

Como tú gustes. ¿Mas dí?  
 ¿A tu razon no le choca  
 amor tan pronto y tan poca  
 reserva en la niña?

FERMIN.

Sí.

Pero á veces un capricho  
 en cariño se convierte;  
 y quizás Adela...

Luis.

Advierte

que no ha un instante, me has dicho,  
 lo falaz y lo engañoso  
 que es el afecto en mujer.  
 Mas eso se ha de entender  
 cuando da con un baboso.  
 Cuide el hombre no resbale,  
 que va á dar en un abismo:  
 dese gran tono á sí mismo  
 y pondere lo que vale;

FERMIN.

y aunque él no promete boda,  
 ni en su conducta sea puro,  
 puede contar por seguro  
 con verse un día de moda.  
 Ni desdenes, ni tibieza  
 verá en la niña mimada,  
 ni se armará la taimada  
 de femenil sutileza  
 á la de mas alta esfera,  
 mas la desaire y humille,  
 que no haya miedo que chille  
 ni su amor propio se hiera,  
 antes bien su orgullo necio  
 se vuelve en humilde ardor,  
 y lo que no pudo amor  
 siempre lo puede el desprecio.  
 Aquesta, Luis, es mi escuela,  
 y en tanto como he corrido,  
 ninguna me ha resistido.

LUIS.

Dichoso tú. ¿Pero Adela  
 nunca llegó á sospechar  
 quien eras?

FERMIN.

Ni por asomo.

LUIS.

Pues es extraño.

FERMIN.

¿Mas cómo  
 lo pudiera averiguar?  
 Dos meses no se han cumplido  
 desde que á España volví,  
 y así en Sevilla y aquí  
 soy de pocos conocido:  
 y tio, con fundamento  
 juzgo que lo ha de callar,  
 pues que jamás sabe hablar  
 sino de la mar y el viento.

LUIS.

¿Con que sigue en su manía?

FERMIN.

Pero con tal afición  
 que su perenne mansión  
 es la torre del Vigía:  
 decide en tono maestro  
 de buques y temporales.

y sabe el plan de señales  
lo mismo que el padre nuestro.  
La muralla es su paseo,  
el Ciscar es su alcoran,  
su testo don Jorge Juan,  
y Tofiño su recreo;  
el antejo es su pasion,  
y en aquesa lengua insana  
llama porta á la ventana,  
y á la puerta, el portalon.  
Para él cualquier lienzo es vela,  
es camarote la alcoba,  
y en fin, son pages de escoba  
los chicos de la candela.  
De modo que aunque pregunto  
no entiendo su algaravía.

LUIS.

Te compadezco á fe mia.  
Mas, volvamos á tu asunto.

Dime. ¿La buena viuda  
cómo piensa?

FERMIN.

No se esplica;  
mas querrá casar la chica.  
¿Puede en eso caber duda?

LUIS.

Pero el compromiso...

FERMIN.

Bravo,  
cuando un novio se presenta  
madre hay que ajusta la cuenta  
al hombre, hasta de un ochavo,  
y el que mas tiene, se queda  
por ley de mejor postor,  
que hay pujas en el amor  
como si fuese almoneda.  
Los compromisos son grillos  
que ligan en sus deberes  
al hombre; mas las mujeres  
no reparan en pelillos.

LUIS.

¿Y piensas casarte presto?

FERMIN.

No lo sé.

LUIS.

¿Pues cómo así?

FERMIN.

Antes que viniese aquí

ya todo estaba dispuesto:  
documentos y retrato  
tiene en su poder el tío  
hace ya tiempo, aunque no  
que lo ignoran; así trató  
de dar largas con cautela  
al dichoso casamiento,  
pues este descubrimiento  
cosa ha de ser de novela.  
Mas aquí para los dos.  
Por lo que me has indicado,  
de que estás enamorado  
tengo sospecha, y por Dios  
que en tu genio lo estrañara.  
Pues es cierto.

LUIS.

FERMIN.

¿Estás en tí?  
¿Y eres hombre?

LUIS.

FERMIN.

LUIS.

FERMIN.

Creo que sí.  
¿Y amas?  
La cosa no es rara.

Por llegarla á conocer  
diera un dedo sin reparo.

LUIS.

Lo que es yo, á precio tan caro,  
ni á Venus quisiera ver.  
Mas, con menos te prometo  
que ese empeño has de lograr;  
pues el venirla á esperar  
es de mi viage el objeto.

FERMIN.

LUIS.

FERMIN.

¿Con qué será prima mia?  
Así parece.

LUIS.

FERMIN.

¿Qué horror!  
¿Te casas? ¿y con amor?  
¡Jesus, y qué gansería!  
¿Qué dices?  
¿No ves, Luis,  
que ya estás á vulgo oliendo?  
¡Cuanta falta te está haciendo  
un bañito de París!

LUIS.

FERMIN.

¿Estás loco?

Bueno fuera.

1

LUIS. ¡Qué! ¿Es vergüenza enamorarse?

FERMIN. No sé; mas si lo es casarse como se casa un cualquiera.

LUIS. Pues al contrario, yo infiero que en amor no hay preferencia.

FERMIN. ¿Y entonces qué diferencia hay de tí á tu zapatero?

LUIS. ¡Qué aqueso á decir te atrevas! su amor mi dicha asegura.

FERMIN. Si en amor buscas ventura valiente chasco te llevas. Busca orgullo, veleidades, manías é impertinencia, y ármate bien de paciencia para escuchar necedades; busca insensatez, capricho, busca vanidad sin seso, busca en fin mujer, y en eso cuenta que todo está dicho.

LUIS. ¡Qué exagerada manía!

FERMIN. Luis, la constancia amorosa, aunque suena á grande cosa, solo es palabra vacía; y yo, entre tanta mujer, constante no hallé ninguna.

LUIS. Culpa á tu propia fortuna si no supiste escoger.

FERMIN. Mas si en mi vida tal vi ¿cómo quieres que lo crea?

LUIS. Como crees que hay Guinea y nunca estuviste allí. (Llaman.)

FERMIN. En eso no convenimos.

LUIS. Calla, que llegan por fin.

FERMIN. No olvides que soy Fermin, y que ya no somos primos.

## ESCENA VI.

DICHOS, DOÑA MARÍA Y ADELA.

- FERMIN. Señoras, tengo el honor...
- D.<sup>a</sup> MARÍA. Ferminito, cuánto siento que usted... ¡Mas cómo! ¡Luis! ¡Por mi casa tanto bueno! ¡Cuándo ha sido la llegada?
- LUIS. No há una hora, y el deseo que de ponerme á sus piés tenia, me trajo luego aquí, en donde por mi dicha, de Fermin tuve el encuentro.
- ADELA. ¿Qué, usted conoce al señor?
- LUIS. Sí, Adelita, hace ya tiempo.
- FERMIN. Desde antes de mis viages.
- LUIS. Así es.
- FERMIN. ¿Y qué tenemos de males?
- LUIS. ¿Pues qué, señora, hay en casa algun enfermo?
- D.<sup>a</sup> MARÍA. En casa nó; mas mi tia Paulita se está muriendo de revolucion de humores con vómitos y despeños, y aunque toma quina á sacos, no puede el doctor con ellos.
- LUIS. Será ya mujer de edad.
- D.<sup>a</sup> MARÍA. Mas no como para eso. ¿Pero usted no la conoce?
- Hombre sí.
- LUIS. Pues no me acuerdo.
- D.<sup>a</sup> MARÍA. Sí, sí tal.
- LUIS. Como usted guste.
- D.<sup>a</sup> MARÍA. Es mucha pena por cierto.
- ADELA. ¡Ay Jesus! mi pobre tia..... (Llora.)
- FERMIN. ¡Qué usted llora!
- LUIS. Y es muy bello ese llanto, que demuestra

un corazon noble y tierno,  
mas no se anticipe usted  
á sí misma el sentimiento,  
que aunque deba presumirse  
aun no existe como cierto.

FERMIN.

Tiene razon. ¿A qué vienen  
esas lágrimas?

D.<sup>a</sup> MARÍA.

Luis, tiemblo  
de cualquier cosa que ocurre  
por mi hija. Es mucho cuento;  
porque como es tan sensible  
y como tiene esos nervios,  
con solo ver un raton,  
con oír hablar de muertos,  
con que un mosquito la pique,  
ó cosa así, en el momento  
empieza á hacer mil visages,  
contorsiones y aspavientos;  
de modo que es menester  
darle eter y hacerle fresco,  
sin otras veces, que es fuerza  
aplicarle mas remedios.

LUIS.

¿Y le hacen efecto?

D.<sup>a</sup> MARÍA.

Sí.

LUIS.

Al cabo siempre es consuelo.

D.<sup>a</sup> MARÍA.

Todo en fin está ya dicho,  
con que sepan que tenemos  
tres ó cuatro convulsiones  
el dia que matan perros.

ADELA.

Es mucha pension.

LUIS.

Sí, mucha.

D.<sup>a</sup> MARÍA.

No tiene un instante bueno.

FERMIN.

¡Oh! Para esto de sensibles  
las francesas. En Burdeos  
me sucedió una aventura  
que prueba á cuantos escesos  
su imaginacion ardiente  
las arrastra. Este es el hecho.  
Estaba yo cierto dia  
vistiéndome en mi aposento

cuando me pasan recado  
 de que uno con gran secreto  
 me buscaba, le hago entrar,  
 y sorprendido me quedo  
 viendo en el tal, un criado  
 de librea y muy bien puesto.  
 Le pregunto que me quiere,  
 y él, despues de cien misterios,  
 una carta me entregó  
 y se fué. La abro, la leo;  
 mas ¡cuál fué mi admiracion!  
 al encontrar que el sugeto  
 que escribia, era una dama  
 del gran tono en aquel pueblo,  
 hija de padres muy nobles  
 y muy ricos; por supuesto  
 gentes de coches, landó,  
 gran mesa, tertulia y juego,  
 en fin, soberbio partido.  
 Y que á mas de todo eso,  
 era muy bella y tenia  
 pelo rubio, hermoso cuerpo,  
 tocaba el arpa, el piano,  
 otra porcion de instrumentos,  
 bailaba con mucha gracia,  
 • (el rigodon por supuesto)  
 y todo por este estilo.  
 Mas lo extraño del suceso  
 es que solo la habia visto  
 dos veces en el paseo;  
 sí noté me había mirado,  
 pero nunca hice alto en ello.  
 En fin, su esquila decia  
 que la causa de este yerro  
 era haberse enamorado  
 de mí, que creyó primero  
 poder domar su pasion;  
 mas que ya el único medio  
 era, ó mi correspondencia  
 ó la muerte. En tal extremo:

la contesté que mirase por sí misma, que el afecto no se manda, y la pedía renunciase á su proyecto.

LUIS.

¡Qué crueldad!

FERMIN.

Luis, yo á nadie solo por lástima quiero.

Mas escucha el fin del lance.

ADELA.

¡Podrá darse hombre mas necio! (Aparte.)

FERMIN.

Al cabo de algunos dias supí que del sentimiento estaba enferma y muy grave; por mas que hicieron remedios, por mas que de Mompeller cuatro doctores trajeron; en fin, por mas que gastaron al cabo de mes y medio murió la pobre.

LUIS.

¡Murió!

D.<sup>a</sup> MARÍA.

¡Hombre!

ADELA.

¡Mas cómo?

FERMIN.

Muriendo.

ADELA.

Mire usted no fuera engaño.

FERMIN.

Si yo mismo ví el entierro.

LUIS.

Dígote Fermin, que en Francia tienen un modo estupendo de querer.

FERMIN.

En todo el norte suelen morirse de celos ó de amor, con la frecuencia que por acá morir vemos todos los dias de asma, calentura, ó mal de pecho. Allí una mujer se ahorca ó se atraca de veneno con la frescura del mundo por lo que aquí importa un bledo. ¡Cada dia no nos cuentan los papeles extranjeros cien mil tragedias de amor?

¿Por ventura no sabemos  
que en el Támesis y el Sena  
se encuentran cada momento  
cadáveres á montones,  
víctimas de su despecho?

ADELA. Ay Fermin, no siga usted  
que me da horror.

LUIS. Es muy cierto.

Ya que por dicha de España  
aun en moda no se ha puesto  
ahogarse en el Guadaleté;  
y ya que gracias al cielo,  
suele ser nuestro amor mas  
y nuestra apariencia menos;  
no recuerdes infortunios  
que á todo corazon tierno  
deben contristar.

FERMIN. Pues sea,  
y de otra aventura hablemos.

Cuando yo estuve en Moscow.....

LUIS. ¡Jesus María, y qué lejos!

FERMIN. Hombre, calla.

## ESCENA VII.

DICHOS Y DON JUDAS.

D. JUDAS. Buenos dias  
señoras.

FERMIN. Se acabó el cuento.

D. JUDAS. Luis. (Se abrazan.)

LUIS. Tio.

D. JUDAS. Dame un abrazo.

LUIS. Sí señor, aunque sean ciento.

D. JUDAS. ¡Válgame Dios, mi Luis,  
qué gordo estás, y qué bueno!  
Adios, señor don Fermin.

FERMIN. Don Judas, servidor vuestro.

LUIS. ¿Quién avisó á usted?

D. JUDAS. Perico



- vea usted yo que me mareo  
de ir al muelle, y del marisco  
ni aun sufrir el olor puedo.
- D. JUDAS. Pues muchas conozco yo  
de estómago tan diverso,  
que en vez de agua de colonia  
se echan brea en el puñuelo.
- ADELA. ¡Ave María!
- D. JUDAS. Lo dicho.  
¿Mas dime Luis, del Puerto  
cuando saliste?
- LUIS. A las doce.
- D. JUDAS. ¿Y por mar?
- LUIS. Por mar.
- D. JUDAS. Mal hecho.  
que hoy es el viaje muy largo.
- LUIS. Una hora.
- D. JUDAS. ¡Hombre, estás lelo!  
Pues si es sur cuarta al sudoeste.
- FERMIN. ¿Mas él que entiende de vientos?
- LUIS. Así es.
- D. JUDAS. ¿Y en qué demonios  
has empleado tu tiempo?  
¡Vaya que hoy dia en España  
no hay estudios de provecho!  
Y mucha universidad,  
mucho latin, mucho griego,  
muchísimas tonterías,  
y salen de sus colegios  
los jóvenes muy ufanos,  
sin saber. ¡Qué! ni por pienso,  
mandar una maniobra,  
ni arreglar un aparejo;  
en fin, nada de sustancia.  
Y porque vean no miento,  
sepan que no há mucho en Cádiz,  
tuvo valor un sugeto  
de ignorar que era Relinga.
- LUIS. Y se quedaria tan fresco.
- D.ª MARÍA. Cállese por Dios, don Judas,

que estoy hasta los cabellos  
de la mar, de los navíos,  
y de oír lo que no entiendo.

D. JUDAS. Pues doblemos esa hoja.  
¿Mas Adelita, qué es eso?  
¿Está usted triste? ¿Qué ocurre?

ADELA. Para mí, nada de bueno.

D. Judas. Me parece que esos ojos....

LUIS. Diga usted mas bien luceros,  
que aunque hoy los nuble el dolor,  
no son así menos bellos.

ADELA. Aunque la juzgo lisonja,  
siendo suya la agradezco.

D. JUDAS ¿Pero por qué don Fermin  
está tan á sotavento  
de la niña? ¿Hay temporal?

FERMIN. Mal humor.

D. JUDAS. Entonces presto  
sube el barómetro.

FERMIN. No,  
como á nadie le intereso  
nadie busca el complacerme,  
mas ello dirá.

ADELA. (¡Qué necio!) (Aparte.)

D. JUDAS. ¡Ay qué cabeza la mia!  
Es verdad: ahora me acuerdo  
de que la pobre Paulita  
se está yeudo á pique. Y esto  
que acabo de preguntarle  
á su sobrino don Pedro.

D.<sup>a</sup> MARIA. ¿Y cómo sigue?

D. JUDAS. Muy mal,  
por las noticias que tengo  
ya tiene el práctico á bordo.  
Doña María, me temo  
que tire pieza de leva  
esta tarde misma.

ADELA. Y eso  
será malo. ¿No es verdad?

D. JUDAS. ¿Pues cómo puede ser bueno?

ADELA.

Es mucha pena.

D. JUDAS.

Si tal,

pero es ya casco muy viejo.  
El año de ochenta y dos  
la obsequiaba un tal don Diego  
que se ahogó en una flotante,  
y á los dos años de esto  
se casó con su marido,  
el difunto don Tadeo  
de Berrigori y Arratia,  
que navegó mucho tiempo  
en la nao de Acapulco.  
Era escelente sugeto,  
y como buen vizcaino  
testarudo y marinero.

D.ª MARÍA.

Así lo dicen, mas yo  
casi nada de él me acuerdo.

D. JUDAS.

¡Cómo! ¿No recuerda usted  
(poco sonado fué el cuento)  
cuando varó en la Milagros  
yendo de aquí á Puerto Belo?

D.ª MARÍA.

No señor.

D. JUDAS.

Todas las noches  
jugábamos á los cientos  
en casa de don Hilario,  
maestre de la Consuelos,  
que vivia, y por mas señas  
que allí murió, bien me acuerdo,  
medio cable de mi casa;  
aquí en la calle del Puerto  
en la acera de babor  
como quien va hácia paseo;  
y él tambien...

FERMIN.

¿Pero es posible  
que al mismo tema volvamos  
treinta mil veces? Don Judas  
hable usted, por Dios le ruego,  
de otra cosa.

D. JUDAS.

¿Cómo qué?

FERMIN.

De noticias, por ejemplo.

- D. JUDAS. ¿Pues hombre, yo de qué hablo?  
 FERMIN. No es eso lo que yo quiero.  
 ¿Qué nos cuentan las Gacetas?  
 ¿Los papeles extranjeros  
 qué opinan? ¿Qué hay de los turcos?
- D. JUDAS. Yo hace días que no leo  
 sino el parte de la torre,  
 y como allí no habla de eso  
 vengo solo á sacar de él,  
 si hay calmazo ó viento fresco.
- D.ª MARÍA. ¿Y usted ha viajado mucho?  
 D. JUDAS. Así, así. Por ejemplo,  
 no he estado en Lima, ni en Cuba,  
 ni en Veracruz, ni tan lejos,  
 porque nunca se ofreció;  
 pero he ido á Rota y al Puerto  
 y á la Carraca mil veces,  
 con levante y con mal tiempo,  
 que yo en esto de la mar  
 nunca, nunca tuve miedo.  
 (El tío es original.) (Aparte.)
- LUIS.  
 D. JUDAS. ¿Mas cómo se pasa el tiempo!  
 ¿Las tres ya! ¿Vámonos? (Mirando el reloj.)  
 Vamos.
- LUIS.  
 D. JUDAS. Sí, ya es hora que levemos  
 el ancla. (Se levantan.)
- D.ª MARÍA. Si ustedes gustan...  
 D. JUDAS. Por mi parte lo agradezco.  
 LUIS. Nosotros también.  
 FERMIN. (A Adela á media voz.) Adela,  
 sepa usted que no estoy hecho  
 á esperar á nadie.
- ADELA. ¿Y cómo  
 pude yo remediar eso?
- D. JUDAS. Vamos, Fermin.  
 FERMIN. Sí señor.
- LUIS. (Demos principio al enredo.) (Aparte.)  
 Quisiera hablar con usted, (A Adela.)  
 ¿Será esta tarde buen tiempo?
- ADELA. Juzgo que sí. (A Luis.)

D. JUDAS. Hasta la noche.  
 FERMIN. Señoras...  
 LUIS. A los piés vuestros.  
 D.<sup>a</sup> MARÍA. Luisito, que usted descanse.  
 Adios Fermin.  
 ADELA. Hasta luego.

## ESCENA VIII.

DOÑA MARÍA Y ADELA.

D.<sup>a</sup> MARÍA. ¡Qué formal es este Luis!  
 ¡Qué juicio! ¡Qué buen talento!

ADELA. Sí señora, cada dia  
 es mas amable.

D.<sup>a</sup> MARÍA. ¡Y qué bello  
 corazon! ¡Y qué caudal!  
 ¡Qué mayorazgo tan bueno!  
 Vaya, cualquier madre en Cádiz  
 le tomará para yerno  
 á dos manos.

ADELA. Ya se vé.

D.<sup>a</sup> MARÍA. Y como hoy dia está el tiempo  
 que con tantos camastrones  
 no hay novios para un remedio.  
 En fin, tú ya estás segura  
 de casarte, y sea luego  
 lo que Dios quiera. El asunto  
 hecho está; pero confieso  
 que tengo tan poca fé  
 aun en las cosas que veo  
 y toco, que no es posible  
 confie en gentes de lejos.  
 El podrá ser buen muchacho.  
 Podrá ser rico; mas esto  
 de no ver yo lo que tiene  
 es un gran desasosiego.  
 Y despues como en mi vida  
 he estado por tierra adentro,  
 solo sé contar talegas,

no aranzadas ni viñedos.

¿Ni qué puedo entender yo

del cortijo, del apero,

del olivar, de las reses,

y otras mil cosas? ¿Y luego

quién resiste con paciencia

á su lado un llanto eterno?

Lloran cuando llueve mucho.

Lloran si está el tiempo seco,

y se quejan del gorgojo,

y se lastiman del muermo.

Además, entre estas gentes,

se está siempre con el credo,

como dicen, en la boca;

pues cuando se espera menos

el granizo ó la langosta

le dejan al novio en cueros.

ADELA.

Es verdad, mamá, y despues

que aun ignoramos su genio,

ni cómo piensa, si es hábil,

si es tonto, bonito ó feo.

En fin, estamos á ciegas

todavía.

D.<sup>a</sup> MARÍA.

Pues por eso

quisiera yo que si acaso

se presentase un sugeto

que nos tuviese mas cuenta.....

Es decir, que fuera bueno

dejar que ruede la bola

mas, sin descubrir el cuerpo.

Ya ves tú. ¿Yo qué interés

pudiera tener en ello

sino tu felicidad?

¿Con qué gusto, por ejemplo,

viera yo á tu lado un jóven

como Luis! ¿y qué sabemos?

él es hombre, y es seguro

que los novios se hacen de ellos.

ADELA.

Mas tal vez no piensa en mí.

D.<sup>a</sup> MARÍA.

Podrá ser; pero yo tengo

acá mi sospecha, y juzgo  
que acaso no está muy lejos  
de caer. En todo trance  
y á mal dar, siempre tenemos  
el recurso del de allá,  
que aunque sea un majadero  
al fin se casa.

ADÉLA.

Seguro.

D.<sup>a</sup> MARÍA.

Ese es el item del pleito.  
Fermin creí yo algun dia  
que valiera para yerno;  
pero es tan vano el muchácho,  
tan presumido en extremo,  
que á falta de otro mejor  
solamente fuera bueno.

ADÉLA.

Si señora, es muypreciado  
de sí mismo.

D.<sup>a</sup> MARÍA.

Pues volviendo

á Luis, sabes que fuera  
un brillante casamiento  
para cualquiera muchacha.  
Su casa es de caballeros,  
de sangre azul, es maestrante,  
y por el lado materno,  
tiene una vara en Osuna.  
Mas no pretendo por esto  
que el ser noble sea lo mas,  
y el ser rico sea lo menos,  
antes bien, para escoger,  
á lo segundo me atengo,  
que ni nadie aplaca el hambre  
con lo que comió su abuelo,  
ni nunca una ejecutoria  
dió caldo á ningun puchero.

ADÉLA.

Pero aquí hay de todo.

D.<sup>a</sup> MARÍA.

Sí,

en eso mismo convengo;  
él tiene sus posesiones,  
y aunque hoy, con los malos tiempos,  
anda el oro por las nubes

y la gente por los suelos,  
 su caudal está muy sano,  
 ni hay deudas, ni tiene pleitos,  
 ni goteras en sus casas,  
 ni ha tomado un real á premio ;  
 paga sus contribuciones  
 y satisface los censos,  
 y despues...

ADELA.

¿Pero mamá,  
 de dónde sabe usted eso ?

D.<sup>a</sup> MARÍA.

Toma, de que lo pregunto.

ADELA.

¿Mas señora, y con qué objeto?

D.<sup>a</sup> MARÍA.

Con varios. Primeramente,  
 por el gusto de saberlo,  
 que en ser curiosa, no hago  
 mas que demostrar mi sexo:  
 y despues porque interesa  
 conocer bien el terreno  
 que se pisa, y esto siempre  
 hace mucho al caso. Tengo  
 una hija: los partidos  
 ni son muchos, ni son buenos:  
 hay maulas en abundancia,  
 hay muchísimo embustero,  
 y no es un moco de pavo  
 el casarse. Este es el cuento.  
 Porque hay mucha diferencia  
 de andar, como dice el pueblo;  
 siempre á la cuarta pregunta;  
 á gastar lujo, aderezos,  
 palco, trajes, figurines,  
 en fin, á tener dinero,  
 que es quien hace el caldo gordo,  
 y es moda de todo tiempo.  
 Aquesto es lo que interesa,  
 y de figura no hablemos,  
 porque hija, el no tener,  
 al mismo Apolo hace feo.

## ESCENA IX.

DICHOS É INÉS.

- INÉS. Señoras, si ustedes gustan.  
Ya está la sopa.
- D.<sup>a</sup> MARÍA. Me alegro;  
porque con la enfermedad  
llevo una vida de perros:  
vean ustedes, hoy es martes  
y aun no he empezado el correo.
- ADELA. Cualquiera que á usted la oyese  
juzgara, con fundamento,  
que era acaso algun ministro.
- D.<sup>a</sup> MARÍA. Pues son cuatro letras; pero  
como tengo ya mal pulso,  
hago letrones tan feos,  
que en entender lo que escribo  
se me va lo mas del tiempo.  
Ya hasta despues de la siesta  
¿quién ha de escribir? Por eso  
me llamarás hoy temprano.  
¿Entiendes, Inés?
- INÉS. Entiendo.
- D.<sup>a</sup> MARÍA. Vamos, niña. (Vase.)

## ESCENA X.

ADELA É INÉS.

- ADELA. Oye. Despues  
tengo que hablarte en secreto  
sobre un asunto.
- INÉS. ¿Hay acaso  
en campaña moro nuevo?
- ADELA. Juzgo que sí.
- INÉS. ¿Pues y el otro?
- ADELA. Para todo hay su remedio  
en este mundo. A la tarde  
te instruiré de mi proyecto,

y contando con tu auxilio,  
grandes cosas me prometo.

INÉS.

Cuente usted conmigo siempre,  
que soy criada, y con esto  
digo todo.

ADELA.

Está entendido.

¿Vamos? (Vase.)

INÉS.

(¡Cuánto enredo!)

(No sé quienes son peores,  
si son ellas ó son ellos.)



---

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA.

**ADELA É INÉS.**

**ADELA.**

¡Inés, aun duerme mamá?

**INÉS.**

Señorita, la he llamado  
pero no se ha levantado.

**ADELA.**

Pues entonces tardará  
en venir. Sabes que hoy tiene  
correo, que en ella es obra,  
y así habrá tiempo de sobra  
para hablar lo que conviene.  
En fin, con ánsia deseo  
hacerte una confianza.

**INÉS.**

Hágala usted sin tardanza,  
que yo sé cual es mi empleo  
en estas cosas de amores,  
y á Dios gracias, hasta aquí  
sabe usted bien que cumpli  
con mis deberes.

**ADELA.**

Favores  
que me forzarán, Inés,  
á espresarme sin disfraz,  
aunque no fueses capaz  
de ayudarme. Oyeme pues.

Difícil fuera en verdad  
 que pudiese mi experiencia  
 trocar de amor la apariencia  
 con la pura realidad.  
 Así juzgo no me engaño  
 en una nueva conquista  
 que hoy día tengo á la vista.  
 ¡Señorita!

INÉS.

ADELA.

INÉS.

ADELA.

INÉS.

ADELA.

INÉS.

ADELA.

¿Y es extraño?

¿Mas quién?

Luis.

Para bien sea.

Es amable, es instruido,  
 buen amante y buen partido.

Yo tengo diversa idea,  
 y en los negocios de amor  
 quiero, mas que un sabio, un tonto;  
 porque la pega mas pronto  
 el que parece mejor.

Aquesa Inés es patraña  
 que á una mujer no disculpa,  
 pues echa al hombre la culpa  
 cuando á sí propia se engaña.  
 Tema en buen hora la necia  
 la ficcion que en hombres cabe,  
 mas la que su idioma sabe  
 les escucha y los desprecia.  
 Fínjase un amante, esclavo;  
 vano será su mentir,  
 que aunque ellos saben fingir,  
 no es ese leon tan bravo.

Y no merece aun el nombre  
 de mujer, ni tal se crea,  
 la que en el mundo se vea  
 engañada por un hombre.

Diónos la naturaleza  
 mil dónes en esta parte,  
 gracias, atractivos, arte,  
 el talento y la belleza.

Diónos la aparente infancia

que nuestro imperio asegura,  
y en el amor, la ternura  
á la par que la inconstancia;  
nos dió impune libertad  
de castigar, sin ofensa,  
y puso nuestra defensa  
en nuestra debilidad.

Y queriendo á tal poder  
dar por fin su complemento,  
nos dió tambien fingimiento  
primer don de la mujer.  
Con las armas que te muestro  
de esos tontos no te asombres.

**INÉS.**

Pero no todos los hombres  
se dejan llevar del diestro.  
Algunos conozco yo  
que no los puede domar  
ni el diablo.

**ADELA.**

Es particular:  
sin duda poco aprendió  
su dama; pues el amante  
mas altivo, y de manías  
mas raras, en pocos dias  
se hace mas blando que un guante.

**INÉS.**

¿Mas cómo?

**ADELA.**

Muy facilmente.  
Muestre al verse pretendida  
cierta timidez fingida,  
cierta modestia aparente.  
Hable poco, que es muy sabio  
el silencio en la mujer,  
y para darse á entender  
donde hay ojos sobre el labio.  
Su mirar lánguido, amante,  
consulte con el espejo,  
y en él hallará consejo  
para hacerse interesante.  
Ceda pronto, sin temor  
de atraerse sus desprecios;  
pues son los hombres tan necios,

tan vanos, que ven amor  
donde no ven repugnancia,  
y en sus castillos al aire,  
á veces, hasta un desaire  
lo convierten en sustancia.  
Así finja sin cuidado,  
segura de ser creida,  
una afición decidida,  
un amor desatinado;  
pues aunque cualquiera estraña  
pasion que tan presto llega,  
el amor propio los ciega,  
y el orgullo los engaña.  
Finja salud quebrantada,  
que es bueno en toda ocasion  
tener siempre á prevención  
una enfermedad guardada.  
Ni jamás una mujer  
por aqueste extremo peca,  
antes bien una jaqueca  
suele milagros hacer.  
No se muestre á su amador  
con aire desaliñado,  
pues el corsé y el peinado  
son alimentos de amor;  
y si á interesar aspira,  
no olvide es cosa probada  
que ni aun la verdad agrada  
si no parece mentira.  
En fin, cuando entre en su idea  
mudar de objeto y de plan,  
no cuide del que dirán,  
antes bien el modo vea  
de dar al asunto un corte,  
y al presentarse un segundo,  
con la frescura del mundo  
se dá al otro pasaporte.  
Con estos datos presentes  
podrás numerar sin penas  
las conquistas por docenas,

por cientos los pretendientes:  
 y dejemos que hable el necio  
 y que coquetas nos llame;  
 pues por mas que al cielo clame  
 solo halla mofa y desprecio.  
 Esta es mi opinion, Inés,  
 y con ella bien me vá.

INÉS.

Señorita, así será;  
 mas ¿y si ocurre despues  
 no poder en la ocasion  
 mostrar esa maestría?

ADELA.

¿Pues qué mujer en el dia •  
 no finge una convulsion?  
 ¿Quién de colores no muda •  
 cuando el caso lo requiere?  
 ¿Quién no llora cuando quiere?  
 Y en fin, ¿quién de un arte duda  
 que tantos triunfos ofrece  
 á la que sabe fingir?

INÉS.

Yo no dudo: esto es decir  
 solo lo que me parece.  
 Pero sepamos en fin  
 ese plan que usted idea.  
 ¿Engañar á ambos desea,  
 ó dejar á don Fermin?

ADELA.

Hasta ahora solo quiero,  
 si Luis me ofrece su fé,  
 dar á sus proyectos pié  
 por varias causas. Primero,  
 por vengar mi propio ultraje,  
 y dando á ese tonto celos,  
 que ponga el grito en los cielos  
 de vergüenza y de coraje.  
 Y despues porque hace dias  
 que sigo este galanteo,  
 y á fé mia ya deseo  
 dar al diablo las manías  
 de aqueste fátuo importuno.  
 A mas que prestigio y fama  
 pierde en el mundo una dama

si la ven un mes con uno.  
**INÉS.** ¡Un mes! ¡Vaya! Dame risa.  
 ¿Y es tanto tiempo?

**ADELA.** No hay duda.  
 En el día, Inés, se muda  
 de amor como de camisa.

**INÉS.** ¿Y usted le amará?

**ADELA.** ¡Quién! ¡Yo!  
 Ni amé ni amar nunca espero;  
 pues aunque finjo que quiero,  
 lo que es querer, eso no.  
 Busque amorosa cadena  
 la necia ó la confiada:  
 mientras yo, que escarmentada  
 estoy en cabeza agena,  
 los detesto.

**INÉS.** ¡Guarda, Pablo!

**ADELA.** Nada he dicho que te asombre.

**INÉS.** ¿Pero por qué?

**ADELA.** Porque un hombre  
 es, en miniatura un diablo.  
 Esa aparente virtud,  
 esa honradez que pretende,  
 son redes que astuto tiende  
 á la incauta juventud.  
 No escrupuliza el malvado  
 de engañar y de fingir,  
 pues entre ellos el mentir  
 ni aun se tiene por pecado,  
 y como tambien hoy día  
 en el cariño hay sus modas,  
 el no enamorar á todas  
 lo juzgan descortesía.

**INÉS.** ¿Mas no hay muchos que dan palo  
 y se casan?

**ADELA.** En amor  
 casarse no es lo mejor,  
 solo sí es lo menos malo.  
 Quien el matrimonio abraza,  
 prepare resignacion,

no sea que por melon  
se encuentre con calabaza.

INÉS.

Pues volviendo al nuevo amante,  
á don Luis, saber deseo  
qué he de hacer, cuál es mi empleo,

ADELA.

A eso voy. Oye un instante.  
Puesto que en la misma casa  
viven los tres, he juzgado  
que Perico, ese criado  
de don Judas, cuanto pasa  
ha de saber, y conviene  
ponerle de nuestra parte  
con el disimulo y arte  
propios de quien naguas tiene.  
Sonsácale, mas de modo  
que nada llegne á entender.

INÉS.

Tal encargo á una mujer  
es ocioso. Quedo en todo,  
pues, aunque gran marrullero,  
es criado, y como tal  
en tratando de hablar mal  
que se desemboce infiero.  
Mas suspendamos la junta (Mira á la puerta.)  
que es don Luis.

ADELA.

Ya lo sé.

INÉS.

¿Señorita, y yo qué haré?

¿Me voy?

ADELA.

¿Pues quién tal pregunta?

(Vase Inés.)

## ESCENA II.

ADELA Y LUIS. (Siéntase Adela.)

LUIS.

Adela, á los piés de usted.  
¿Cómo va? ¿Se han serenado  
ya esos ojos?

ADELA.

No señor.

LUIS.

Mas el afligirse tanto  
repare es perjudicial

á la salud.

ADELA.

Ni un bocado  
he podido probar hoy.

Hasta el agua me hace daño  
en teniendo yo un pesar.

LUIS.

¿Por qué no se acuesta un rato  
y duerme?

ADELA.

Tal pretendí;  
pero no pude lograrlo  
por mas que hice. En este mundo  
á nadie faltan cuidados,  
y mas á quien por desgracia  
es sensible.

LUIS.

(Para el diablo (Aparte.)  
que se fiara de tí.)

Yo juzgo muy al contrario  
incomparable fortuna,  
poseer en alto grado  
aquese don, que del bruto  
distingue al género humano.

Si en la sensibilidad  
tal vez pesare hallamos,  
si ella de nuestras pasiones  
es el poderoso lazo;  
tambien por ella existimos,  
tambien por ella gozamos,  
y en fin, sin ella el amor  
fuera solo un nombre vano.

ADELA.

¡Ah!

LUIS.

¿Qué es esto! ¿Usted suspira  
al nombre de amor? ¿Acaso  
conoció usted su poder?

¡Ay bella Adelita! Cuántos  
recelos ese suspiro,  
despierta en mí. Mas si un lazo  
anterior vuestra alma liga;  
si su corazon mas grato  
fué á la llama de otro amante;  
no lo ignore yo. Abrumado  
de pesares, de tristezas,

aun puede tal vez la mano  
 del tiempo, y la reflexion  
 curar la llaga, que el dardo  
 del amor abrió en mi pecho;  
 mas si cediendo al encanto  
 de tantas gracias, yo mismo  
 doy alimento á mi daño:  
 si una esperanza fomento  
 de bienes imaginarios  
 que solo fingen los sueños  
 de una pasion ¡cuán en vano  
 arrancar querré algun dia  
 de mi corazon, el caro  
 objeto de mis suspiros!  
 ¡Qué momentos tan amargos  
 envenenarán mi vida!  
 ¡Cuántos pesares! ¡Y en tanto  
 otro mas feliz disfruta  
 de ese cariño! ¡Y yo acaso  
 podré verlo sin morir!  
 ¡Ay Dios, Luis! ¡Qué alterado  
 está usted! ¡Pero yo... cómo!  
 ¿Será posible?

ADELA.

LUIS.

Sí. En vano  
 tan doloroso secreto  
 quiere ya ocultar mi labio.  
 Harto disimular pudo.  
 Harto tiempo mis quebrantos,  
 mis celos, mis sinsabores  
 supe devorar callando.  
 Sí, adorable y bella Adela,  
 no lo dude usted, yo la amo,  
 y este amor, que eternamente  
 debiera estar encerrado  
 dentro de mí, ya en su furia  
 rompió del deber los lazos.  
 No ignoro los compromisos  
 que la ligan á un cercano  
 pariente, y por consecuencia  
 sé que amándola á usted falto

á mis deberes ; he aquí  
 de este silencio que extraño  
 puede parecer la causa.  
 Mas fuego mal apagado  
 basta á encenderle una chispa.  
 Así fué en efecto ; el rayo  
 que vuestros divinos ojos  
 hoy á mi pecho lanzaron  
 me hizo ver que amor y celos  
 reprimirlos es en vano.  
 Usted tan solo, á mí mismo  
 me volverá, un desengaño  
 sea á mis males remedio  
 cruel, pero necesario.  
 ¿Ni aun de tal favor soy digno? (Silencio.)  
 ¿Cuál mi falta fué?

**ADELA.**

¡Ah! Si en algo  
 aprecia usted con efecto  
 á esta Adela, no el quebranto,  
 no el pesar, con sus palabras  
 siembre en su pecho angustiado.  
 No, sin oír, la condene;  
 y pues este involuntario  
 accidente, de mi afecto  
 os dió ya indicios tan claros,  
 oiga usted todo. Mas antes  
 le exijo como hombre honrado  
 y caballero el secreto  
 de esta confianza.

**LUIS.**

¿Acaso  
 pudiera negarme á ello?  
 Si, hermosa jóven, por cuanto  
 mas en este mundo aprecio  
 os prometo que guardado  
 siempre estará.

**ADELA.**

Bien lo creo.

(Ya cayó este pez, finjamos.) (Aparte.)

**LUIS.**

(Para ser la vez primera  
 no miento de lo mas malo.) (Aparte.)

**ADELA.**

En vano los grillos

de la autoridad  
á un amante pecho  
quieren sujetar.  
En vano lo intentan,  
que la voluntad  
cuanto mas ligada  
mas se muestra audaz.  
Ni halagos, ni iras  
consiguen jamás  
que ceda ó que tiemble  
la que sabe amar.  
Aquesto que os recuerdo  
porque, si en mi mal,  
á un forzado lazo  
consentí, no habrá  
poder en la tierra  
que un nudo fatal  
hoy aborrecido,  
me fuerce á aceptar.  
¿Ni cómo dar puedo  
un alma que ya  
es de quien la supo  
mejor conquistar?  
Bien sé que una dama  
no debe mostrar  
su inocente afecto,  
su amoroso afán;  
mas cuando á mi cuello  
se acerca el dogal  
que á eterno martirio  
me ha de sujetar,  
de vanos respetos  
no es el tiempo ya.  
Perdonad si acaso  
fui ingénuo de mas,  
pues cuando mis penas  
os llevo á fiar,  
ni sé si hago bien  
ni sé si hago mal.  
¿Con que no es amado?

ADELA.

No, ni lo será,  
Luis, yo os lo aseguro.  
En mí confiad  
pues yo en vos confío;  
la tranquilidad  
vuelva á nuestro pecho,  
y..... ¿Qué quereis mas?

LUIS.

¿Me engañais, mi Adela?

ADELA.

¿Podeis aun dudar?

LUIS.

Sí, que siempre duda  
quien ama.

ADELA.

Es verdad,  
mas ahora no hay causa.

LUIS.

¿Y en fin, osará  
prometerse el alma  
remedio á su mal?  
¿O tal vez (¡qué dicha!)  
al fuego voraz  
que mi pecho abrasa  
no insensible es ya  
mi ad rada Adela?  
¿Qué decís? Hablad.

ADELA.

¿No hablaron mis ojos?

LUIS.

¿A qué exigir mas?

ADELA.

¿Seré pues dichoso?

Sí, que pues callar  
el alma no supo,

en vano será

que rehuse el labio

descubrir mi mal.

LUIS.

¿Y me amareis siempre?

ADELA.

Eterno será  
mi afecto.

LUIS.

¿De veras?

ADELA.

No engañé jámas.

### ESCENA III.

DICHOS Y FERMIN.

FERMIN.

¡Caramba! ¡Qué es lo que veo! (Aparte sorprendido.)

- ADELA. Don Fermin....
- FERMIN. ¡Válgame Dios! (Aparte.)
- ADELA. ¿Si habrá oído....? (A Luis.)
- LUIS. ¿No lo creo? (A Adela.)
- ADELA. ¿Qué teneis, saber deseo? (A Fermin.)
- FERMIN. (Y estaban solos los dos.) (Aparte.)
- LUIS. ¿Estás mudo?
- ADELA. (Ya dió lumbre.) (Aparte.)
- FERMIN. Me duele algo la cabeza.
- ADELA. ¿Es alguna pesadumbre?
- FERMIN. Jámás tuve por costumbre dar mérito á una simpleza.
- ADELA. ¿A una simpleza?
- FERMIN. Sí, á fé.
- ADELA. Dificil es lo comprenda.
- LUIS. (Que está picado se vé.) (Aparte.)
- FERMIN. Pues lo que me digo sé, y entiéndame quien me entienda.
- ADELA. Vamos, en lo impertinente bien se hecha de vér su mal; pero advierta que es prudente no tomar mucho relente; porque el tiempo está fatal.
- FERMIN. ¿Es consejo?
- ADELA. No, conseja.
- FERMIN. Ya pasé yo de esa edad.
- LUIS. (De divertirme no deja.) (Aparte.)
- ADELA. Nunca una persona es vieja para escuchar la verdad.
- FERMIN. ¿En fin, qué es lo que ha pasado?
- ADELA. ¿No logró usted sus deseos?
- FERMIN. Jámás me ví despreciado.
- ADELA. ¿O acaso ha resucitado la que se murió en Burdeos?
- FERMIN. Eso es mi veracidad poner en duda.
- ADELA. No alcanza á tanto mi necedad; mas juzgúe que la amistad es disculpa de una chanza.

## ESCENA IV.

DICHOS, Y DOÑA MARÍA

D.<sup>a</sup> MARÍA. Señores.....

LUIS. A vuestros piés,  
señora.

FERMIN. Lo mismo digo.

D.<sup>a</sup> MARÍA. ¡Ola! ¿Don Luis, qué es esto?  
¿Cómo tan favorecidos  
nos tiene usted?

LUIS. Al contrario,  
yo soy quien me juzgo indigno  
de los favores que siempre  
me dispensó su cariño.

D.<sup>a</sup> MARÍA. Bien sabe usted que le quiero  
como si fuese hijo mio.

LUIS. Mil gractas.

FERMIN. (Miren tambien  
la buena señora.) (Aparte.)

D.<sup>a</sup> MARÍA. Amigo,  
las noticias de mi enferma  
son fatales: ahora mismo  
me hán enviado á decir  
que la dan sudores frios,  
y unos dolores de flato  
que la tienen en un grito.

LUIS. ¡Pobre señora!

D.<sup>a</sup> MARÍA. Y que un mal  
es siempre mucho estravío  
para una casa. Parece  
que no es nada el sinapismo,  
la cataplasma, el reparo  
con la triaca y el vino,  
y el puchero que se rompe;  
pues siempre hace desavío,  
aunque lo haya, sin contar  
la mujer siempre al lebrillo  
para aquello que se empuerca,

457

y la ayuda, y... Pues no digo nada de las medicinas. No pondero, mas sí afirmo que en la tal enfermedad se han gastado, y no me admiro, mas pesos en el ruibarbo que minutos tiene un siglo. ¡Jesus, señora!

LUIS.

D.<sup>a</sup> MARÍA.

Si es mucho lo que ha tomado ese pico.

FERMIN.

(¡Qué charlar!) (Aparte.)

D.<sup>a</sup> MARÍA.

Vamos, Adela, avíate, que es preciso ir allá al momento.

ADELA.

Voy.

D.<sup>a</sup> MARÍA.

No te mudes de vestido, sino ponte la mantilla de cualquier modo.

ADELA.

¿Y los rizos he de arreglarlos?

D.<sup>a</sup> MARÍA.

¿A qué?

ADELA.

Como están yá tan caídos.

D.<sup>a</sup> MARÍA.

Para la gente que habrá.

Oye, dí á Inés, que yo digo (Va y vuelve Adela.) que venga acá.

ADELA.

Está muy bien.

D.<sup>a</sup> MARÍA.

Ah, dí también... (Adela va y vuelve.)

ADELA.

¿Qué?

D.<sup>a</sup> MARÍA.

De frío yo no sé como estaremos.

ADELA.

Ni yo.

D.<sup>a</sup> MARÍA.

Y luego paso el signo con la tirantez de cuerdas si á la vuelta no me abrigo. ¿Llevaré la papalina ó el pañolon de merino?

ADELA.

Lo que usted guste.

D.<sup>a</sup> MARÍA.

Pues bien, entonces dí...

ADELA.

¿Y bien qué digo?

D.<sup>a</sup> MARÍA. ¿Qué sé yo?

FERMIN. (¡Qué pesadez!) (Aparte.)

D.<sup>a</sup> MARÍA. Lo que quieras, ya está dicho.

FERMIN. (Quien pudiera echarte encima una rueda de molino.) (Aparte.)

## ESCENA V.

DICHOS menos ADELA.

D.<sup>a</sup> MARÍA. Es mucha alhaja esta niña,  
¡Qué alma tan bella! ¡Y qué lindo  
corazon! Bien sabe Dios  
que lloro como un chiquillo  
cuando pienso que algun dia  
tal vez deje el lado mio.  
En fin, lo que yo deseo  
es que encuentre un buen marido  
como ella, por ejemplo,  
que él será feliz. ¿No digo  
bien?

LUIS. ¿Quién lo duda? Adelita  
es un ángel, un hechizo.

D.<sup>a</sup> MARÍA. Yo aunque al fin es cosa propia,  
y me está mal el decirlo,  
con usted nada aventuro,  
es jóven de mucho juicio  
y será muy buena esposa.  
Bien sé que no es gran partido  
porque es pobre; mas quien piensa  
como debe, en su cariño  
busca solo la virtud.  
¿No es esto verdad?

LUIS. Lo mismo  
juzgo yo, ni mas ni menos.

FERMIN. (¡Vaya que estoy divertido!  
¡Qué culebra es la mamá!) (Aparte.)

D.<sup>a</sup> MARÍA. Justamente es lo que digo  
yo. Aun cuando por otra parte,  
tambien hay mérito mio.

Yo le di una educacion  
como dan á pocos hijos  
sus padres. Ella de lenguas,  
ella de cortar vestidos,  
pone la pluma muy bien,  
ella peinar, hacer rizos,  
y tambien alguna cosa  
de pespunte y dobladillo,  
porque quise que hasta de eso  
aprendiera. Es el avío  
de cualquiera casa.

**FERMIN.**

¡Oh! para eso  
en Francia; allí hasta los niños  
de ocho y de diez años saben  
mas que aquí á los veinticinco.  
Pero; pues se habla de damas.  
¡Qué educacion! ¡Qué distintos  
talentos de los de acá!  
Eso es público y sabido.  
Mujer hay allí á los quince  
que ha compuesto siete libros  
de novelas, que es su fuerte:  
y no que aquí, un sobrescrito  
apenas saben poner,  
ó una carta de amoríos  
llena de muchos chapones,  
letras á saltos y brincos,  
sin chispa de ortografia,  
con los renglones torcidos,  
y una sarta de dislates  
que, vaya, si yo me admiro  
como hay tonto que las lea.  
Así me dan tal fastidio.  
Pero, volviendo al asunto,  
á la prueba me remito  
de mí propio. Yo llegué  
á París, heche un berrico,  
como crian tierra adentro,  
los mas de los señoritos:  
mi capa, mi calañés,

la chamarra, el cigarrillo,  
 el aparejo de campo  
 y apestando á ajos y á vino;  
 y en trece meses que estuve  
 largué la cáscara, amigo,  
 de tal modo, que aun por fuera  
 ya ves si huelo á cortijo.  
 Es verdad que nunca quise  
 meterme en los laberintos  
 de academias y liceos,  
 porque esos son muchos lios;  
 pero aunque yo, por ejemplo,  
 física no haya aprendido  
 sé bailar el rigodon.

LUIS. Qué para el caso es lo mismo.  
 FERMIN. Lo es, en cuanto al aprender.  
 Y á mas tengo aquel bañito  
 que..

## ESCENA VI.

DICHOS ADELA É INÉS (con el pañuelo.)

ADELA. Mamá, cuando usted guste  
 vamos.  
 INÉS. Señora, me han dicho  
 que usted me llamaba.  
 D.<sup>a</sup> MARÍA. Sí.  
 Ve luego al tocador mio,  
 y en el cajon, de esta mano  
 encontrarás un frasquito  
 de agua de olor, no hagas caso,  
 pero en aquel lado mismo  
 hácia el rincon, junto al peine,  
 está la carta que he escrito  
 esta tarde. Haz que la lleven  
 al correo. ¿Lo has oido?  
 INÉS. Sí señora.  
 D.<sup>a</sup> MARÍA. ¿Con que estás?  
 INÉS. Sí señora.

- D.<sup>a</sup> MARÍA. Oye. Y si el tío  
de don Luis viene (don Judas)  
le dirás que hemos salido  
con precision, y que así  
por hoy, perdone el tresillo.  
¿Lo entiendes?
- INÉS. Sí señora.
- D.<sup>a</sup> MARÍA. Cuidado que no haya olvido.
- LUIS. Señoras, si ustedes gustan  
iremos favorecidos  
con su compañía.
- D.<sup>a</sup> MARÍA. Sí,  
con gran placer lo admitimos.  
(Fermin va á dar el brazo á Adela.)  
Fermin, deme usted el brazo,  
porque estos callos malditos  
me matan.
- FERMIN. ¡Yo!... Bien señora. (Le da el brazo.)
- LUIS. Pues la suerte lo ha querido,  
tendré el honor. (A Adela.)
- ADELA. Soy la honrada. (Le da el brazo.)
- LUIS. Mil gracias.
- FERMIN. (Pues es bonito  
el papel que voy haciendo, (Aparte.)  
Por vida de...)
- D.<sup>a</sup> MARÍA. Inés, repito  
que no abras á nadie.
- INÉS. Bien.
- D.<sup>a</sup> MARÍA. Si llaman, por el postigo  
pregunta quien es.
- INÉS. Ya estoy.  
(Jesus, y que tabardillo.) (Aparte.)  
(Yo con madres, santos cielos!) (Aparte.)
- FERMIN. (Yo con madres, santos cielos!) (Aparte.)
- D.<sup>a</sup> MARÍA. Con que adios. Lo dicho, dicho. (Vanse.)
- INÉS. Bien lo entiendo.

## ESCENA VII.

INÉS.

Pues, señor,

veremos del laberinto  
 quien sale. Mi señorita  
 gusta tanto de esos lios  
 de amores, que ciertamente  
 ha de ser hombre corrido  
 quien le ponga la ceniza  
 en la frente. Yo me admiro  
 de ver que hay hombres tan necios,  
 tan fátuos, que cuando han visto  
 tanto desengaño ageno  
 se presten á que lo mismo  
 les suceda, ya se vé,  
 ese orgullo es tan maldito.  
 ¿Pero quién me mete á mí  
 en eso? ¿Qué beneficio  
 me puede á mí resultar  
 de que quien no es novio mio  
 sea bueno, ó sea malo,  
 sea tonto ó advertido,  
 tenga dinero ó no tenga?  
 Pues si nada gano, digo  
 que en nada quiero mezclarme.  
 Gracias á Dios, nunca he sido  
 curiosa, aunque soy mujer,  
 ni se me da tres cominos  
 de lo que hacen los demás;  
 y así aunque venga Perico  
 no le abriré, y de este modo  
 me ahorro de enredos. ¿No he dicho  
 bien? Ya se vé, que en la renta  
 del escusado es delirio  
 meterse. ¿Pero quién llama? (Llaman.)  
 ¿Será Pedro? Pues, el mismo. (Se asoma.)  
 ¿Le abriré ó no le abriré?...  
 ¡Qué tentacion!... Y ya há un siglo  
 que no me cuenta los chismes  
 de su casa y los vecinos...  
 Es verdad que no me importan;  
 mas saber no ocupá sitio...  
 y luego mi señorita

me encargó tanto... Hase visto (Llaman.)  
prisa tal... Yo voy á abrir  
y échense á la mar pelillos. (Va á abrir.)

## ESCENA VIII.

INÉS Y PEDRO.

PEDRO, ¡Jesus mujer! ¿dónde estabas  
que me tienes hace un siglo  
echando la puerta abajo?

INÉS. Los criados han nacido  
para esperar.

PEDRO. Ciertamente;  
y no fuera bien visto  
que una dama como tú  
abandonase el lebrillo  
ó la sartén, para abrir  
á los que llaman. ¿No digo  
bien?

INÉS. Y tan bien. Mas no creas  
que es todo oro, Perico,  
lo que en el mundo reluce.  
Por ejemplo, ambos servimos,  
que parece condicion  
perversa, y aunque no digo  
yo que es buena, no es mejor  
la de muchos que podridos  
están de pesos. No falta  
el pan, estamos vestidos,  
gozamos la confianza  
de uno y otro señorito,  
y sabemos sus secretos,  
y somos sus...

PEDRO. Desatinös.

¿Soy yo acaso como tú?

INÉS. Vamos, Pedro, que conmigo  
es en vano hacerse pieza.

Deja esos escrupulillos,  
que entre gentes cual nosotros

no deben ser permitidos,  
y cuéntame de tu casa  
la novedad. ¿A qué ha sido  
el no esperado viaje  
á esta ciudad del sobrino  
de tu amo?

PEDRO.

¿Y yo qué sé?

INÉS.

¿No lo has de saber?

PEDRO.

Te digo. (Dudando.)  
que...

INÉS.

Vaya, deja de simplezas.  
¿Acaso tienes motivo  
de desconfiar de mí?

PEDRO.

Yo no, mas luego...

INÉS.

(Ya es mío.) (Aparte.)

PEDRO.

Como que hasta las paredes  
á veces tienen oídos...

INÉS.

No temas.

PEDRO.

¿Estamos solos? (Registrando.)

INÉS.

¿Tambien esa? Sí, Perico.  
Habla por Dios ó reviento.

PEDRO.

Ya tú sabes que ha venido (Con misterio.)  
mi amo.

INÉS.

Lo sé. Adelante.

PEDRO.

Y, ó me engaño, ó el motivo  
de su viaje, es asunto  
de grande entidad.

INÉS.

Lo mismo  
pienso yo ni mas ni menos.

PEDRO,

Pues.

INÉS.

¿Pero cuál? Vamos, dilo.

PEDRO.

Eso es lo que yo no sé.

INÉS.

Pues hombre estamos lucidos.

PEDRO.

De modo es y de manera  
que si hoy no lo sé, no afirmo  
yo que mañana...

INÉS.

Pues eso  
es lo que importa. Advertido  
ya de todo, será fácil  
aprovechar un descuido

de don Luis. Un criado  
de confianza, á su arbitrio  
tiene las llaves del amo,  
y en haciéndole un registro,  
y en leyendo cuatro cartas,  
cátate al punto instruido  
de todo. ¿No será mengua  
que un hombre á quien los colmillos  
le han salido en la cocina,  
que es en este mundo el sitio  
donde mas se aprende, ignore  
lo que piense el señorito?  
vaya que fuera vergüenza.  
Así mira que confío  
en tu maña, y si ocurriere  
algo de nuevo, el aviso  
me darás al punto.

PEDRO.

El caso  
es que don Luis ha traído  
otro criado de allá.

INÉS.

¿Y qué tal?

PEDRO.

El mas ladino  
que ha salido de Madrid.

INÉS.

La manzanilla y el tinto  
contra empacho de secretos  
son el mejor vomitivo.

PEDRO.

Como uno no está enterado  
en si allá...

INÉS.

¡Qué desatino!  
Si en Madrid con Valdepeñas  
suelen despechar los niños.

PEDRO.

Entonces voy á buscarle.

INÉS.

Pues á la taberna y chito  
que aquesto interesa. ¿Entiendes?

PEDRO.

Entiendo. (Cumplí mi oficio.  
Ahora á dar cuenta á don Luis.) (Aparte.)  
Con que adios.

INÉS.

Adios, Perico.

PEDRO.

¡Jesus! Ya se me olvidaba. (Va y vuelve.)  
Me encargó mi amo (el tío)

viniese á saber si salen  
tus señoras.

INÉS. Bien lo has visto,  
salieron ya. ¿Y á qué viene  
esa pregunta?

PEDRO. Imagino  
será para no venir  
si esta noche no hay tresillo.

INÉS, Es verdad.

PEDRO. Pues hazte cuenta  
que me iba sin decirlo,  
cuando esto solo me traje  
aquí.

INÉS. ¿Sabes que es bonito  
tu modo de hacer encargos?  
Si así cumples con los míos  
dígotte Pedro...

PEDRO. Eso no.  
Bien sabes tú que contigo  
nunca me faltó memoria.

INÉS. ¿Y voluntad?

PEDRO. No lo afirmo.

INÉS. ¡Jesus, qué poco galan!

PEDRO. ¿Pues el mentir no es delito?

INÉS. Con quien tiene naguas, no.

PEDRO. Me alegro haberlo sabido.

En fin, yo prometo verte  
bastante pronto.

INÉS. ¿Confío?

PEDRO. Por la fé de caballero.

INÉS. No me hace gran fuerza, amigo,  
que los plebeyos no tienen  
mas fé que la de bautismo.

PEDRO. Pues yo te juro...

INÉS. Tampoco  
los juramentos admito,  
que saben jurar en falso  
hoy día hasta los chiquillos.

PEDRO. Por el alma de mi abuela...

INÉS. Hombre, calla, no seas niño.

¿Le dirás la verdad á un muerto  
cuando engañas á los vivos?  
En fin, no pierdas mas tiempo,  
que harto quizá hemos perdido  
en charlar.

PEDRO.

Si eres mujer.

INÉS.

Tú criado, que es lo mismo.

¿Con que hasta luego?

PEDRO.

Hasta luego. (Vase.)

INÉS.

(Adios propósitos míos. (Aparte.)



---

## ACTO TERCERO.

---

### ESCENA PRIMERA.

D. JUDAS Y D. LUIS, este leyendo una carta.

D. JUDAS. ¿Y bien? ya estamos aquí.  
¿Se podrá saber la causa  
de haberme con tanta prisa  
traído de la muralla  
á hora tan intempestiva?

LUIS. ¿Pues las diez de la mañana  
es hora acaso?...

D. JUDAS. Sí tal,  
para venir á una casa  
ajena... Y precisamente  
cuando don Bruno Zavala,  
sobrecargo de la Cármen,  
á leernos empezaba  
el reglamento propuesto  
del puerto franco. A Dios gracias  
veremos esa bahía  
con cara de gente. ¡Calla!  
¿Pero tú no atiendes, hombre?

LUIS. Ya usted sabe la maraña (Guarda la carta.)  
en que estoy metido?

D. JUDAS. Sí;

pues me la dijiste.

Luis.

Y tanta  
ha sido en esto mi dicha  
que aun antes que lo esperaba,  
una imprudencia de Adela  
me ha dado el medio y la traza  
de darles una leccion  
á entrambos; leccion amarga;  
pero forzosa. Del uno  
la presuncion insensata;  
el coquetismo insufrible  
de la otra, no reclaman  
indulgencia en este punto.  
Ni me debe arredrar nada  
cuando evitar me propongo  
no menos que la desgracia  
de un primo á quien amo. Así  
oiga usted todo.

D. JUDAS.

Luis.

Ya tardas.  
Despues del paso de ayer  
paso que tan mala cara  
costó al fingido Fermin,  
viendo que mis esperanzas  
caminaban á su logro,  
juzgué que solo faltaba  
remachar del todo el clavo.  
Presto resolví: á mi casa  
me vuelvo, y fingiendo celos,  
á Adela escribo una carta,  
que anoche mismo por Pedro  
recibió. Allí le mostraba  
haber acaso sabido  
los lazos que la ligaban  
á Fermin; de ella me quejo,  
la llamo pérfida, ingrata,  
y lo demás que se dice  
en tales casos: sus gracias  
acusó, y de mi desdicha  
me lamento. Ni fué vana,  
ni inútil mi resolucion;

pues esta misma mañana  
recibí un billete suyo.

D. JUDAS.

¡Un billete!

LUIS.

Cosa es clara.

El buscar á Inés, tan solo  
me trajo aquí, que me importaba  
salir pronto de cuidados.

Con efecto, en acechanza  
me la encontré ya esperando  
el medio de que llegara  
á mis manos, que fué fácil  
sin que usted cayese en nada.

D. JUDAS.

¿Pues, sobrino del demonio,  
y por hacerme tú... (¡vaya!)  
solo desde allá me traes  
hecho un gaigo? No está mala  
la especie. Si estoy molido;  
como que en largando gacias  
y poniéndote á la via,  
no hay diablos que te den caza.

LUIS.

Calle usted por Dios, señor,  
y oiga hasta el fin con cachaza.

D. JUDAS.

Callo y oigo.

LUIS.

Mi intencion

ya con esto se lograba.  
En su esquila por supuesto  
me afirma que fué infundada  
la voz de ese compromiso;  
y porque no me quedara  
duda, dice de Fermin  
mil pestes, dos mil infamias:  
le tilda de vano y tonto,  
de presumido le tacha.  
En fin, es tanto y tan malo  
que muy mal rato le aguarda  
cuando lo sepa.

D. JUDAS.

¿Y acaso

lo sabrá?

LUIS.

¿Pues no? La carta  
debe él mismo ver, y en ella

la prueba evidente y clara  
de aqueese amor que pondera.  
Mas no es prudente que vaya  
por mi conducto; un acaso  
los inconvenientes salva.  
Así pienso que Perico,  
valiéndose de su maña  
haga que el otro la vea,  
sin que parezca que...

D. JUDAS.

¡Calla!

con que tambien el buen Pedro  
anda metido en la danza?

LUIS.

Sí señor, es criado antiguo,  
y como tal, una alhaja  
para embrollos. Luego es fuerza  
hablarle, porque la trama  
sigamos todos de acuerdo.

D. JUDAS.

Que no vayamos por lana  
y volvamos en bandolas.

LUIS.

Que, no señor.

D. JUDAS.

Dios lo haga.

Mas mira que en estos casos  
es precaucion necesaria  
llevar la escota en la mano,  
y si acaso el viento carga,  
arriar al punto el chicote,  
que el hacerlo en tiempo es ganga.  
En fin sea, pues lo quieres.

LUIS.

¿Pero usted qué teme?

D. JUDAS.

Nada.

Yo en aferrando juanetes  
venga mar. Mas en sustancia  
¿en esto qué pito toco?

LUIS.

A eso voy. Vuestra embajada  
tiene otro objeto. Es forzoso  
el que ella por sí deshaga  
su compromiso. Además  
conviene el darle una causa  
poderosa que la obligue  
á dejarme. Así se salva

mi propia delicadéza;  
así mas claro resalta  
el carácter de la niña,  
y en fin, así se preparan  
humillantes desengaños  
para el que tanto fiaba  
de sí mismo. Todo aquesto  
se conseguirá.

D. JUDAS.

No es nada,  
¿y todo lo he de hacer yo?

LUIS.

Muy fácilmente: á esta sala  
vendrá presto la mamá.

¿No es así?

D. JUDAS.

Ya está avisada.

LUIS.

Pues usted con ella á solas  
se quedará, y engañarla  
es necesario.

D. JUDAS.

¿Ahora mismo?

LUIS.

Sí. Hacerle una confianza  
fingida es golpe seguro.

D. JUDAS.

Ya caigo. ¿Con que aquí encaja  
bien todo lo que ayer noche  
me dijiste de la falsa  
venida, y de los papeles,  
y de?...

LUIS.

Pues. Mas importaba  
tener la prueba en la mano  
antes de aventurar nada.  
Por eso no me espliqué  
entonces mas claro.

D. JUDAS.

¡Vaya!

Por San Telmo que estoy tonto.

LUIS.

Me voy á seguir la trama;  
pues Perico es necesario  
aquí venga sin tardanza  
é instruya á Adela y á Inés  
de todo.

D. JUDAS.

¿Otra confianza?

LUIS.

Si, mas esta no es fingida,  
antes es cierta. Pero calla,

ya viene allí la mamá.

Cuenta con que...

D. JUDAS.

No habrá falta.

LUIS.

Que exija usted el secreto,

D. JUDAS.

¿Y para qué?

LUIS.

Cosa es clara,

porque lo diga mas pronto. (Vase Luis.)

D. JUDAS.

Bien, adios.

## ESCENA II.

D. JUDAS.

No me faltaban  
á mí mas que estos sobrinos.  
¡Y qué enredos! ¡Qué marañas  
traen allá! Como esto dure  
doy de quilla. Pero al arma  
que aquesta urca enemiga  
está ya á tiro de bala.

## ESCENA III.

D.<sup>a</sup> MARÍA Y DON JUDAS. (Se sientan.)

D.<sup>a</sup> MARÍA.

Felices, señor don Judas.  
Dispense usted mi tardanza.  
Ya se vé, con estos males  
tenemos tan trastornadas  
las horas que...

D. JUDAS.

Entre personas  
que ha tanto tiempo se tratan  
no debe haber ceremonias.  
Por esto, y porque importaba  
vine á ver á usted.

D.<sup>a</sup> MARÍA.

¿Pues qué?  
¿Hay novedad?

D. JUDAS.

Patarata,  
una mano de noroeste

que metemos en el agua los penoles.

D.<sup>a</sup> MARÍA.

¿Y en cristiano que significa esa sarta de nombrachos?

D. JUDAS.

A eso voy. Mas le exijo la palabra de que reserve la especie.

D.<sup>a</sup> MARÍA.

Por supuesto.

D. JUDAS.

A la muchacha aunque haya fuerza de vela no se lo diga usted.

D.<sup>a</sup> MARÍA.

Nada.

Sí, pues bonita soy yo para chismes. En mi casa jamás hubo un sí ni un no, y eso que entonces estaba hecha siempre un jubileo. Mi Simon, que de Dios haya, gustaba mucho de gentes: su refresco no faltaba por las noches. Es verdad que eran tiempos en que andaba Dios por el mundo, y cien pesos á ninguno le faltaban; mas hoy dia, todo, todo, viene á menos, hola, y gracias quien tiene un pasar.

D. JUDAS.

Señora, ¿me deja usted hablar?

D.<sup>a</sup> MARÍA.

¡Vaya!

¿le tapo acaso la boca?

D. JUDAS.

Por fin, atencion y calma. El caso es que mi sobrino, (el novio de la muchacha que digamos) de Sevilla dió la vela, y por las trazas parece hace rumbo á Cádiz. Además, en confianza, sé tambien cuál es su objeto.

D.<sup>a</sup> MARÍA. ¿Y será?

D. JUDAS. Estarse á la capa sin darse á conocer ni izar pabellon.

D.<sup>a</sup> MARÍA. ¡Estraña resolucioni! ¿Mas por qué?

D. JUDAS. Porque quiere en asechanza ponerse. Juzgo le han dicho no sé que cosas, patrañas por supuesto, de la chica: tonterías: verbigracia que si es coqueta, si funda su vanidad y su gala en que cuantos hombres miran arrian bandera á sus gracias, que si lleva siempre amantes al costado. Nada, nada.

D.<sup>a</sup> MARÍA. Malas lenguas que la tienen envidia.

D. JUDAS. Cabal.

D.<sup>a</sup> MARÍA. Dejarlas.

Yo sé la hija que tengo, y sé quien es.

D. JUDAS. Pues, y basta.

Pero como él en su vida ni la ha visto, ni la trata, ni sabe sus propiedades; ya se vé, teme, y con causa, hacer averia gruesa en alta mar. Pues no es nada, la honrilla. Y los sevillanos que en siendo de clase y casa se creen ellos mas altos que el tope de la giralda. A mas tambien quiere ver el cariz de la muchacha, como es regular, y aunque ella es linda como una plata, al fin no es doblon de á ocho que á todo el mundo le agrada.

Tampoco fuera imposible  
que en sus proyectos entrara  
ponerle la proa, digo  
hacerle el amor.

D.<sup>a</sup> MARÍA.

Ya escampa.

¡Vaya que el tal señorito  
por vida mía es alhaja!

D. JUDAS.

Cosas de niño mimado.

Ya vé usted, él de su casa  
fué el ídolo siempre, vivo,  
poca edad, poca sustancia  
y barro á mano ¿quién diantres  
es capaz de irle á la zaga?

D.<sup>a</sup> MARÍA.

¿Y el vinculillo qué tal?

D. JUDAS.

¡Vinculillo-pues no es nada!

Si ahora con la nueva herencia  
es suyo medio Triana,

Y en cuanto á la sangre ¡yal!

Mas noble que Doña Urraca,

es hijo de veinticuatro,

y heredero, que esa vara

¿quién se la quita?

D.<sup>a</sup> MARÍA.

¿Tambien?

D. JUDAS.

Pues.

D.<sup>a</sup> MARÍA.

¿Y si acaso se encaja

aquí ese señor, qué hacemos?

¿Vamos diga usted?

D. JUDAS.

Cachaza.

Por ahora lo que interesa

es dejar que ande la danza,

y quedarnos al socaire

hasta que haya una empopada.

Mas claro: izar la sueca.

¿Me esplico?

D.<sup>a</sup> MARÍA.

Sí. (Estoy en brasas.) (Aparte.)

D. JUDAS.

En cuanto á Adela, no quiero

que sepa ni una palabra,

porque luego habrá saponcios,

convulsion y marejada,

y nervios y...

- D.<sup>a</sup> MARÍA. En todo estoy.
- D. JUDAS. Además, porque la trama mejor se oculte, y la cosa con mas disimulo vaya, piensa enviarme al momento los papeles que hacen falta en el caso, como Fés de bautismo, la palabra de casamiento, y en fin, que sé yo que enredos y trampas, que siempre una boda tiene mas cabos que quince jarcias. Item mas. Porque en el lazo ustedes mas presto caigan dirá que, pues sus quehaceres por ahora lo separan de Adelita, está impaciente por verla aunque sea pintada, y pedirá su retrato.
- D.<sup>a</sup> MARÍA. ¡Su retrato! ¡Cosa estraña!  
¡Sin mandar el suyo?
- D. JUDAS. No.  
Es que de enviarle trata.
- D.<sup>a</sup> MARÍA. Aqueso ya es otra cosa; pero la juzgo bobada; pues si con efecto es de él conoceremos su cara, y entonces se lleva el diablo las ficciones y las trampas.
- D. JUDAS. Cuando él lo envie, será porque ya tendrá saldadas esas cuentas, es decir, que estará fuera de barra sin temer puntas ni bajos, y navegando en cien brazas.
- D.<sup>a</sup> MARÍA. Bueno es saber todo eso; porque hablando en confianza, quien de buenas á primeras viene pidiendo casaca, en el tresillo de novios

- son cinco estuches de entrada,  
que es juego que nadie pierde.
- D. JUDAS. Mas los renunciados se pagan.
- D.ª MARÍA. Ese es el mal. ¿Pero cómo  
tendré yo noticia exacta  
de su venida?
- D. JUDAS. Es muy fácil;  
pues estando ya avisada  
bien podrá usted por la boya  
conocer donde está el ancla.  
Con que me voy. (Toma el sombrero.)
- D.ª MARÍA. Hasta luego.
- D. JUDAS. ¿Y Adela?
- D.ª MARÍA. Si usted la aguarda  
vendrá, que fué al tocador.
- D. JUDAS. No. No quiero: estará en banda  
todavía, y las mujeres  
me gustan aparejadas  
aunque soy viejo. Lo dicho. (Vase.)
- D.ª MARÍA. Descuide usted.

#### ESCENA IV.

DOÑA MARÍA y después INÉS.

- D.ª MARÍA. Pues no es nada (Observa si se ha ido.)  
lo que pide. ¡Qué yo calle!  
¡Yo que hablo con una estatua!  
¡Vamos, vamos, que don Judas  
olvidó que tengo naguas!  
¡Qué grosero! ¡Qué insolente!  
¡Querer taparle á una dama  
nada menos que la boca!  
Vaya al diablo el muy bestiaza.  
¡Callar! ¡Qué es callar? Inés,  
Inés.
- INÉS. Allá voy. (Dentro.)
- D.ª MARÍA. ¡Qué calma!  
¡Jesus qué peso! Si estoy  
por ponerme á la ventana.

y contárselo al primero  
que pase. ¡Mas cómo tarda!  
Mejor será que... (Se levanta.)

INÉS. Señora. (Sale Inés.)

¿Qué ha ocurrido?

D.<sup>a</sup> MARÍA. Nada.

INÉS. ¿Nada?

Como gritaba usted tanto.

D.<sup>a</sup> MARÍA. ¿Y la niña dónde anda?

INÉS. Se está vistiendo.

D.<sup>a</sup> MARÍA. Pucs dila...

No la digas. Que yo vaya  
será mejor. (Vase.)

## ESCENA V.

INÉS.

Lleve el diablo  
si yo entiendo una palabra  
de este enredo. ¿A qué vendrán  
estos secretos del ama  
con su hija? Sabe Dios  
que á no hacerme tanta falta  
diera un dedo por saberlo  
ahora mismo. ¿Y quién aguarda  
cinco minutos ó seis  
á que el pelmazo se vaya  
de la madre? No señor.  
La cerradura, á Dios gracias,  
está convidando. Así  
voy de puntillas y... ¡Calla! (Ve á Pedro.)  
¡Pedro tan pronto! Por cierto  
no creí yo...

## ESCENA VI.

INÉS Y PEDRO.

PEDRO.

¿Estás en casa?

- INÉS. Y de ceremonia.
- PEDRO. Ya.
- Como esperando embajadas.
- INÉS. Pues dí la tuya, y vivito  
márchate, no riña el ama  
si ve...
- PEDRO. No es ella mujer  
que se asusta de fantasmas  
con esa facilidad.
- INÉS. En fin, vamos. ¿Qué te tardas?
- PEDRO. Es que estoy viendo si acaso... (Registrando.)
- INÉS. Por Dios, Pedro, que estoy harta  
de tus misterios.
- PEDRO. ¿No hay nadie  
que pueda?...
- INÉS. Ni gatos. Habla.
- PEDRO. Pues señor, has de saber  
como desde anoche, gracias  
á tu consejo, al corriente  
estoy de cuanto importaba.  
Don Luis tan solo ha venido  
á Cádiz con la esperanza  
de ver á una señorita  
que aquí muy presto se aguarda  
de... no sé donde.
- INÉS. ¿De veras?
- ¿Mas por qué?
- PEDRO. La cosa es clara.  
Porque está loco por ella.
- INÉS. ¿Con que la quiere?
- PEDRO. ¡Caramba  
si la quiere!
- INÉS. Pero acaso  
ya no la quiere.
- PEDRO. No es mala  
conclusion. Anoche mismo  
la escribió, por si llegaba  
á buen tiempo, y por mas señas  
yo eché al correo la carta.
- INÉS. ¿Con sobre á ella?

- PEDRO. Sí.
- INÉS. Luego  
tú sabes como se llama.
- PEDRO. Sí lo sé; mas no me acuerdo  
de su apellido.
- INÉS. Nos basta.  
El caso es que quiere á otra,  
y llámese Pepa ó Juana  
es lo de menos. ¡Qué tal!  
¡El hombre de bien! Ya escampa.  
¡El de la formalidad!  
¡El juicioso! ¡Qué canalla  
son todos! ¿Y dirán luego  
de las mujeres? ¿No hay nada  
mas?
- PEDRO. ¿Y qué mas?
- INÉS. Sí, no es poco.  
Pero... vete ya. ¿Qué aguardas? (Mira adentro.)
- PEDRO. Me voy. ¿Mas por qué tal prisa?
- INÉS. Es que ya sale mi ama  
del cuarto de su Adelita,  
y puede ser que...
- PEDRO. No haya  
miedo; pues antes que llegue  
estoy yo un tiro de bala  
de aquí. Con que adios.
- INÉS. Adios.
- PEDRO. (La embrolla no va muy mala.) (Aparte.) (Vase.)

## ESCENA VII.

ADELA É INÉS.

- INÉS. ¿Y bien?
- ADELA. ¡Lance original!  
He sabido en este instante  
que debe llegar mi amante  
muy presto.
- INÉS. ¡El amante! ¿Cuál?
- ADELA. ¡Qué pregunta!

INÉS.

¿Y hago mal?

ADELA.

El de Sevilla.

INÉS.

Famosa

idea; mas vuestra prosa  
ya es antigua algaravía,  
que amante y novio en el día  
suelen ser distinta cosa.

En fin, forzoso es pensar  
qué hemos de hacer en tal caso.

ADELA.

Las circunstancias y el caso  
son quienes me han de guiar;  
aun hay tiempo, y á mal dar  
obre el ingenio despues,  
y si ayuda el arte, Inés,  
sucumbirá la razon,

que si es calva la ocasion,  
nunca es manco el interés.

INÉS.

Mas antes conviene...

ADELA.

Ver

del otro las intenciones,  
que en estas resoluciones  
vale el ardid de una mujer.

¿Y tú llegaste á saber  
algo de don Luis?

INÉS.

Ahora.

ADELA.

¿Y de buena fé enamora?

INÉS.

¿De buena fé? Dios la dé.

ADELA.

¿Mas tú qué supiste?

INÉS.

¿Qué?

Que es como todos, señora,  
que no ama, ni por asomo,  
que otra es su antiguo cariño,  
que ayer la escribió, y que el niño  
es maula de tomo y lomo.

Que ya no es dable (¿ni cómo?)  
sujetar su corazon,

y que en aquesta ocasion  
de medio á medio la erramos,  
pues que pichon le juzgamos  
cuando es palomo ladron.

**ADELA.** ¡Qué chasco! Mas aun no es tarde:  
por fortuna á tiempo estoy,  
y lo que puedo hacer hoy  
vano es que á mañana aguarde.  
Nada hay, pues, que me acobarde  
en lance tan oportuno.  
Así de entrambos, ninguno  
será presto mi amador;  
que no es mal juego en amor  
perder dos por ganar uno.

**INÉS.** Con que usted piensa...

**ADELA.** Al momento  
dejarlos, y esto es seguro;  
que si mas tardo, aventuro  
mi fama y mi casamiento.

**INÉS.** ¿Mas con cuál pretesto?

**ADELA.** Ciento  
hay siempre para acabar  
y algo se ha de aventurar  
que en la malilla de amor  
es capote de favor  
el quedarse sin casar.

**INÉS.** Ya deseo la ocasion  
de que lleguen.

**ADELA.** Mas espera. (Ruido dentro.)  
¿Quién sube por la escalera  
con tal precipitacion?

**INÉS.** Señorita, sí. Ellos son. (Se asoma.)

**ADELA.** ¿Quiénes?

**INÉS.** Los dos.

**ADELA.** Como soy,  
que presto llegan.

**INÉS.** ¿Me voy?

**ADELA.** Sí, vete y nada receles;  
pues ó quemo mis papeles  
ó golpe seguro doy. (Vase Inés. Adela se sienta.)

## ESCENA VIII.

ADELA, LUIS, FERMIN con una carta.

FERMIN. No señor, que has de venir  
aquí conmigo.

LUIS. ¡Estás lelo!

FERMIN. Y ha de ver su propia carta:  
y la he de decir...

ADELA. ¡Qué es esto!  
¡Qué alteracion! ¡Qué semblante!  
¿Hay acaso?...

FERMIN. Nada bueno,  
y estraño mucho, señora...

LUIS. (A Fermin.)  
Hombre, por Dios.

FERMIN. Que á un sugeto  
como yo, así se le falte.  
¿A qué vienen fingimientos?  
Todo lo sé, y esta carta  
que acaso hallé en mi aposento,  
caida, muy bien me muestra  
de lo que es capaz un pecho  
femenil, ¿Con que soy tonto?  
¿Con que yo soy majadero?  
¿Yo?...

ADELA. ¿Y bien?

FERMIN. La frescura alabo.  
¿Pues si tengo esos defectos?  
¿Por qué me quiso?

ADELA. ¿Quién yo?  
En mi vida.

FERMIN. Pues es bueno.  
Vive Dios que me colgara  
de una viga. ¡A mí un desprecio!  
¡A mí una mujer!

LUIS. Fermin,  
¿y á tí qué te importa eso?

FERMIN. No que será á tí.

LUIS. Tampoco.

Pero como nunca un bledo  
te se ha dado de esas cosas  
que tú apellidas babeos,  
pensé yo que...

FERMIN. Mal pensado.

En fin, la broma y los juegos  
deja; pues en lance tal  
vienen muy fuera de tiempo.

LUIS. Perdona, amigo, creí  
que obrases ni mas ni menos  
como hablabas.

FERMIN. (¡Qué lección!) (Aparte.)

LUIS. Mas, pues me engaño, te ofrezco  
hacer porque aqueste error  
no sea fatal á tu afecto.

ADELA. (¿A dónde vendrá á parar?  
Mas callar es lo mas cierto.) (Aparte.)

LUIS. Veo que quieres á Adela.

FERMIN. ¡Yo!

LUIS. Sí, porque tienes celos  
y esa es señal que no falla.

FERMIN. Que la quise no te niego;  
pero...

LUIS. Silencio y escucha.

Adelita, yo confieso  
que obré mal: nunca debí  
atentar á los derechos  
de un amigo. Así es forzoso  
que ambos castiguen mi yerro.  
Hágase la paz, y pues  
yo por mi parte ya cedo,  
cedamos todos, y acaben  
de una vez esos muñecos.  
¿No es verdad, Adela? (Silencio.)

FERMIN. ¿Ves?

LUIS. Dice un español proverbio:  
que el que calla es porque otorga.  
Pues señor, esto está hecho.  
Llega tú, que aquestos son  
los privilegios del sexo.

**FERMIN.**

Mas si yo tengo razon  
¿por qué he de ceder?

**LUIS.**

Lo entiendo.

Pero no basta ser justo,  
es forzoso parecerlo,  
y quizá tú aunque lo ignores  
habrás dado fundamento  
de sospecha. Son las damas  
quisquillosas en extremo  
por lo regular, y á veces  
el rencor hace su efecto;  
mas no dura, que el amor  
sabe perdonar muy presto.

**FERMIN.**

¿Pues qué... un hombre como yo  
se ha de humillar!

**LUIS.**

¿Y qué medio?

**FERMIN.**

Pero...

**LUIS.**

Las faldas no humillan.

**FERMIN.**

Pues tú lo quieres, me acerco.

Adelita, ya vé usted  
como yo al cabo... (No acierto  
que decirle) sus injurias  
supe olvidar, y pues esto  
es de cariño tal prueba,  
exijo que por lo menos  
se me diga, qué motivo  
pudo dar pié á tanto yerro.  
No busco culpa, no, Adela.  
Busco sí arrepentimiento.  
¿Pero qué! ¿Usted el semblante  
vuelve? ¿Usted el rostro bello  
oculta de mí? ¿Se aflije?

**LUIS.**

(Bien por Dios.) (Aparte.)

**FERMIN.**

¿Y será cierto? (Se arrodilla.)

¿De ese corazon, por dicha  
aun no he perdido el afecto?

¿Podré esperar?

**ADELA.**

Ah, ah, ah. (Se rie.)

Parece está usted haciendo  
algun paso de comedia. (Adela se levanta.)

FERMIN.

LUIS.

¡Señorita!...  
(Hecho un hielo se queda.)  
¡Qué humillación!  
¡Qué osquedad! ¡Y qué ejemplo para el que á todas desprecia! (Aparte.)  
Mas...

FERMIN.

ADELA.

Fermin, bromas dejemos á un lado. Si hoy por fortuna á su buen humor me presto, mañana tal vez... (Fermin se levanta.)

FERMIN.

¿Pues qué?  
¿Lo ha tomado acaso á juego?

ADELA.

¿Y cómo lo he de tomar?

FERMIN.

¿Con que usted por lo que veo, no me quiere?

ADELA.

No señor.

FERMIN.

¿Ni jamás me quiso?

ADELA.

Menos.

FERMIN.

¿Ni nunca fuera feliz á mi lado?

ADELA.

Ni por pienso.  
Fermin, lo propio que dije en mi carta, eso sostengo y sostendré. Quien se juzga de los corazones dueño solo con una mirada: quien humilla al bello sexo sin distincion, y quien halla milagros en el desprecio; solo este merece. Usted júzguese su propio pleito. Y advierta de hoy para siempre, que las mujeres, durmiendo saben mucho mas que el hombre aunque esté muy bien despierto. Que si quieren engañarle, lo harán, sin otro remedio. Que con ellas, la esperiencia vale poco; pues es cierto que no se hallarán en la tierra

dos iguales, y sabemos  
que el conocer y el juzgar  
los corazones, es cuenta.  
Si esta leccion aprovecha;  
si escarmienta en propio yerro,  
tanto mejor para usted.  
En cuanto á mí...

LUIS.

¡Mas qué es esto!

¿Acaso habla usted de veras?

ADELA.

Y tan de veras, que ya es tiempo  
de que le toque la suya.

LUIS.

¡A mí!

ADELA.

¿Pues no?

FERMIN.

¿Estoy despierto? (Aparto.)

Por Dios no sé que me pasa.

ADELA.

Señor don Luis, no quiero  
recordarle su conducta  
hasta aquí. Nadie un defecto,  
nadie en usted una tacha  
pudiera hallar.

LUIS.

Yo agradezco...

ADELA.

Le suplico que reserve  
esas gracias para luego,  
¡Pero cuánto se engañaba  
quien así juzgó! Encubierto  
bajo apariencia tan dulce  
se hallaba sutil veneno.

Fingiendo pasion, ternezas,  
simulando amor y celos,  
tendísteis la red, que á dicha  
supe yo evitar á tiempo.

¿No es esto verdad, Luis?

Diga usted si con efecto  
no ama á otra. Si ayer mismo  
no la escribió. Si su objeto  
no es el unirse con ella.

En fin, hable usted.

LUIS.

No acierto.... (Fingiendo turbacion.)

Señorita... yo... es verdad

que... si... (Todo va saliendo (Aparto.)

como esperaba.)

ADELA.

No mas,  
que esto es suficiente.

FERMIN.

¿Pero  
no hemos de saber?...

ADELA.

Sí tal:  
Por mi parte esto es resuelto.  
Usted, señor don Luis,  
busque otra tonta (que á cientos  
las hallará) y á su salvo  
pruebe en ella sus enredos;  
sus novelescas pasiones,  
aquellos fingidos celos,  
y aquel amor, que no há mucho  
pintaba con tanto fuego.

LUIS.

Con que esto quiere decir...

ADELA.

Que hemos concluido.

LUIS.

(Bueno.) (Aparte.)

ADELA.

Y en cuanto á usted, don Fermin,  
con repetir me contento  
lo que hace poco dije,  
pues tanto vale, y valemos  
tan poco, hallará de sobra  
quien sujete el dócil cuello  
á su amor, si es que se digna  
evarla á tanto puesto;  
pero por lo que á mí toca,  
su presunción, sus defectos  
son tales, que no es posible  
disimularlos. Por eso  
ni le he querido en mi vida,  
ni le querré, ni le quiero.  
Creo haber dicho bastante.

FERMIN.

No señora, ni por pienso.  
¿Cómo ha de bastar? Mi honor  
está ultrajado, y pretendo  
aclarar este negocio  
á todo trance.

ADELA.

FERMIN.

¿Y qué medio?  
¿Qué medio? Usted lo verá.

¿No sabe acaso que tengo  
 en mi mano la venganza?  
 ¿No sabe que soy?...

LUIS.

Silencio (A Fermin.)  
 por Dios. (Él va á descubrirse (Aparte.)  
 y aun no debe.)

ADELA.

¿Qué misterio  
 es ese? Por fin sepamos.

FERMIN.

Sí señora. Lo sabremos  
 puesto que usted lo desea.

LUIS.

(Y aun no viene.) (Mirando hácia fuera.) (Aparte.)

FERMIN.

Yo... no quiero  
 (Le tira de la casaca.)  
 callar, que ya de la manta  
 tiró el diablo, y...

LUIS.

Mas... (A Fermin.)

FERMIN.

Ni atiendo,  
 ni quiero oír.

LUIS.

(¿Y qué haré? (Aparte.)  
 Mas me ocurre un pensamiento.)  
 Es muy extraño, Fermin,  
 que con tono tan grosero  
 te atrevas así á faltar  
 de una dama á los respetos,  
 Si crees porque está sola  
 que impunemente has de hacerlo;  
 si con esas amenazas,  
 si con gritos descompuestos  
 juzgas vindicar tu honor  
 mucho te engañas; No veo  
 ya en ella á quien me desaira,  
 no escucho el resentimiento,  
 solo sí en aqueste instante  
 me acuerdo soy caballero,  
 y como tal no me agrada,  
 ni en mi presencia consiento  
 que se ultraje á una señora.

FERMIN.

¿Y á tí quién para este entierro  
 te dió vela? Un mal amigo,  
 un hombre á quien yo hice dueño

de toda mi confianza,  
que de ella abusa ¿es por cierto  
quien se atreve á echarme en cara  
mi proceder?

LUIS.

Te lo echo.

Sí señor.

FERMIN.

Pues yo no sufro... (Gritos.)

LUIS.

Yo tampoco.

ADELA.

¡Santos cielos!

¡Pues cómo! Por Dios, señores...

LUIS.

Está muy bien. En saliendo

(Van hácia la puerta.)

se verá.

FERMIN.

Cuando tú gustes.

ADELA.

(Mal golpe fuera por cierto. (Aparte.)

Valga el arte.) Ay que me da.

Mamá. (Se deja caer en una silla.)

LUIS

Adelita.

## ESCENA IX.

DICHOS Y DOÑA MARÍA.

D.<sup>a</sup> MARÍA.

¡Qué es esto!

¡Qué alboroto! ¡Qué algazara

LUIS.

Señora...

D.<sup>a</sup> MARÍA.

¡Mas qué estoy viendo!

Mi niña. ¡Válgame Dios!

¿Pero ustedes qué la han hecho?

FERMIN.

Yo nada.

LUIS.

Ni yo tampoco.

D.<sup>a</sup> MARÍA.

¿Pues á qué habrá sido ello?

Vamos, sin duda será

porque como hoy hubo truenos.

LUIS.

Los truenos fueron, no hay duda.

¡Pobre Adela!

FERMIN.

(Para el perro (Aparte.)

que se fiara.)

D.<sup>a</sup> MARÍA.

Ay Jesus.

Inés.

## ESCENA X.

DICHOS É INÉS.

INÉS. Señora.  
 D.ª MARÍA. Corriendo  
 traeme aquí el pericon,  
 y mientras yo la hago fresco,  
 (Se va y vuelve con el abanico.)  
 aflójale tú el corsé,  
 dala agua. ¡Qué desconsuelo!  
 Que se me muere mi hija,  
 que se me muere.

## ESCENA XI.

DICHOS Y D. JUDAS con un paquete en la mano

D. JUDAS. Laus Deo.  
 LUIS. (Mi tío, salí de afán.) (Aparte.)  
 D. JUDAS. Señoras, felice día, (Deja el paquete.)  
 ¿Mas qué es esto? ¿Hay avería?  
 D.ª MARÍA. Sí señor.  
 D. JUDAS. Voto á san.  
 D.ª MARÍA. Sostenla tú. (A Inés.)  
 INÉS. No se cae.  
 D.ª MARÍA. Inés, traele aquello...  
 INÉS. ¿Cuál?  
 D.ª MARÍA. Aquello que huele mal.  
 D. JUDAS. Cuenta con lo que se trae.  
 LUIS. ¿El éter?  
 D.ª MARÍA. Sí.  
 INÉS. Se ha acabado.  
 D.ª MARÍA. ¡Qué descuido! En nada están.  
 D. JUDAS. Como haya en casa alquitran,  
 ese es remedio probado.  
 D.ª MARÍA. ¿Y vinagrillo?  
 INÉS. Ha de haber.  
 D.ª MARÍA. Pues mira si en mis cajones  
 está el de siete ladrones. (Vase Inés.)  
 FERMIN. (Los de Ecija habian de ser.) (Aparte.)

- D.<sup>a</sup> MARÍA. Ay, si se me morirá.  
Don Judas, si usted supiera  
medicina.
- D. JUDAS. Bien pudiera,  
porque he leído á Le Rua.
- D.<sup>a</sup> MARÍA. ¿Y allí no hay cosa que valga  
para esto?
- DON JUDAS. Darle al contado  
la purga del primer grado,  
y salga por donde salga.
- INÉS. Aquí está ya. (Vuelve Inés con un fraasco.)
- D.<sup>a</sup> MARÍA. ¿Y bien, qué hacemos?
- D. JUDAS. No arriar en banda el tapon.
- INÉS. Descuide usted.
- LUIS. (¡Qué ficcion!) (Aparte.)
- D.<sup>a</sup> MARÍA. ¿Le hará daño?
- D. JUDAS. Allá veremos.
- D.<sup>a</sup> MARÍA. ¿Qué se decide por fin?
- D. JUDAS. Yo creo la han de aliviar  
ayudas de agua del mar.  
¿No os parece bien, Fermin?  
(A ver como no revienta.) (Aparte.)
- FERMIN. ¿Mas yo qué se?  
Por San Pablo.
- INÉS. Traíganle un doctor ó un diablo.
- FERMIN. Lo mismo es ocho que ochenta.
- D. JUDAS. (¡Qué tardar!) Tio (Aparte.) (Bajo á D. Judas.)
- LUIS. ¿Qué quieres?
- D. JUDAS. ¿Está todo?
- LUIS. Todo está.
- D. JUDAS. Al caso pues.
- LUIS. Allá va.
- D. JUDAS. Posible es que las mujeres (Alto.)  
siempre y en todo han de errar,  
irse á poner mala el dia  
que yo el novio le traia  
es cosa particular.
- D.<sup>a</sup> MARÍA. ¡El novio!
- FERMIN. ¡Su novio!
- D. JUDAS. Cierto.

- FERMIN. ¿Pero quién es?
- LUIS. Calla ahora. (A Fermin bajo.)
- D.<sup>a</sup> MARÍA. ¿Y está en Cádiz?
- D. JUDAS. No señora.
- FERMIN. (¡Es sueño ó estoy despierto!) (Aparte.)
- D.<sup>a</sup> MARÍA. ¿Mas cómo si aun no ha llegado, puede usted traerle acá?
- INÉS. Señorita, oye usted! (Al oído á Adela.)
- ADELA. ¡Ah!
- INÉS. Ya vuelve.
- LUIS. ¿Se le ha pasado?
- ADELA. ¿Dónde estoy?
- D. JUDAS. En una silla.
- ADELA. ¿Y ellos?
- INÉS. Solo fué una chanza.
- ADELA. ¿Se mataron?
- D. JUDAS. Qué, ¿hay matanza?
- INÉS. Pues acoto una morcilla.
- D. JUDAS. Delira.
- D. JUDAS. Entonces no hay trato.
- D.<sup>a</sup> MARÍA. ¿Qué sientes?
- ADELA. Mucha opresion.  
mas ya se pasa.
- D. JUDAS. Es pension.
- D.<sup>a</sup> MARÍA. ¡Oh! Sus nervios y mi flato á ambas nos sacan de quicio.  
Gracias que hoy volvió al momento.
- D. JUDAS. Si esa voz de casamiento es la trompeta del juicio.
- D.<sup>a</sup> MARÍA. Al caso.
- D. JUDAS. Por el vapor recibí há pocos instantes los papeles de que antes hablé ya á usted.
- D.<sup>a</sup> MARÍA. Sí señor.
- FERMIN. ¿Mas Luis?... (A Luis.)
- LUIS. Chító y destierra (A Fermin.)  
todo cuidado.
- FERMIN. (Estoy loco.) (Aparte.)
- D. JUDAS. Hice rumbo aquí, y á poco

- D.<sup>a</sup> MARÍA. eché el cargamento en tierra.  
Pero bien, doy de barato  
que esté ya arreglado eso.  
¿Él viene?
- D. JUDAS. No en carne y hueso;  
pero traigo su retrato.
- ADELA. ¡Su retrato!
- D.<sup>a</sup> MARÍA. Con que al fin... (A D. Judas.)
- D. JUDAS. Ya el asunto es decidido. (A doña María.)
- FERMIN. ¿Mas qué es esto?
- D.<sup>a</sup> MARÍA. Que marido  
tiene mi hija, don Fermin.
- D. JUDAS. Tome usted. (Da el retrato á Adela.)
- D.<sup>a</sup> MARÍA. Sí, que á ella toca  
juzgar si es bonito ó feo.  
Inés, mis gafas.
- ADELA. ¡Qué veo! (Mirando el retrato.)
- D.<sup>a</sup> MARÍA. ¡Dios mio!
- ADELA. ¿Niña estás loca?
- D.<sup>a</sup> MARÍA. Es el señor. (Señalando á D. Fermin.)
- D. JUDAS. ¡Cómo!
- LUIS. Sí.
- FERMIN. ¿Estás? (Bajo á Fermin.)
- D.<sup>a</sup> MARÍA. Ya todo adivino.
- FERMIN. Con que usted es...  
El sobrino  
de don Judas.
- ADELA. ¡Y que á mí  
tal me suceda! ¡Qué rabia!  
¡Qué vergüenza!
- D.<sup>a</sup> MARÍA. En conclusion  
¿á qué vino esa ficcion?  
¿Hubo causa?
- LUIS. Una y muy sábia.  
En bien que tan cerca toca  
como la propia ventura,  
la reflexion mas madura  
á veces suele ser poca,  
y ni es esposa constante  
quien veleta un tiempo ha sido,

ni nunca es feliz marido  
 quien no fué dichoso amante.  
 Si tal logró, él lo decida  
 puesto que es su novio.

D.<sup>a</sup> MARÍA.

Y bien,

él se casará.

D. JUDAS.

Sí.

FERMIN.

¡Quién!

¡Yo con Adela! En mi vida.

No fuera mala locura.

D.<sup>a</sup> MARÍA.

Bueno está. ¿Y el compromiso?

FERMIN.

Se acabó, pues ella quiso.

ADELA.

¿Qué dirán?

D. JUDAS.

Que quien procura  
 tener novios á montones,  
 este fruto ha de coger.

D.<sup>a</sup> MARÍA.

¿Mas yo qué habia de hacer?

D. JUDAS.

Zafarrancho de moscones.

Que el que con buena bandera  
 viene á quererse casar,  
 si vé corsario en la mar  
 toma la vuelta de afuera.

D.<sup>a</sup> MARÍA.

Yo no sé lo que me pasa.

FERMIN.

Luis, primo, mi ceguedad  
 perdona.

LUIS.

De mi amistad  
 es deuda. Vuelve á tu casa,  
 vuelve á Sevilla, y allí  
 cúrate de tu manía,  
 acordándote que un dia  
 nada valiste por tí.  
 Busca esposa amante y fiel,  
 que es el mayor tesoro;  
 mas no esperes hallar oro  
 si vás en pos de oropel.  
 Haz debida distincion,  
 y al bello sexo respeta,  
 que aunque haya mucha coqueta  
 muchas hay que nó lo son.  
 En fin, júzgate de hoy mas,

cuál los otros, que vá errado  
quien piensa será apreciado  
si desprecia á los demás.  
Y usted, Adela, que ha sido  
víctima de tal contienda  
cambie de norte; y la enmienda  
le hará ganar lo perdido.  
Reflexione cuanto daña  
á su honor conducta tal;  
pues la opinion es cristal  
que aun del aliento se empaña.  
Sea en todo compromiso,  
formal, constante, amorosa,  
que no vale para esposa  
quien hoy ódia y ayer quiso.  
En fin, pues deslíz tamaño  
mereció tal escarmiento,  
remedie futuro daño;  
y ojalá que esta leccion  
os pueda bien demostrar,  
el fin que suelen lograr  
Coquetismo y Presuncion.





1034928